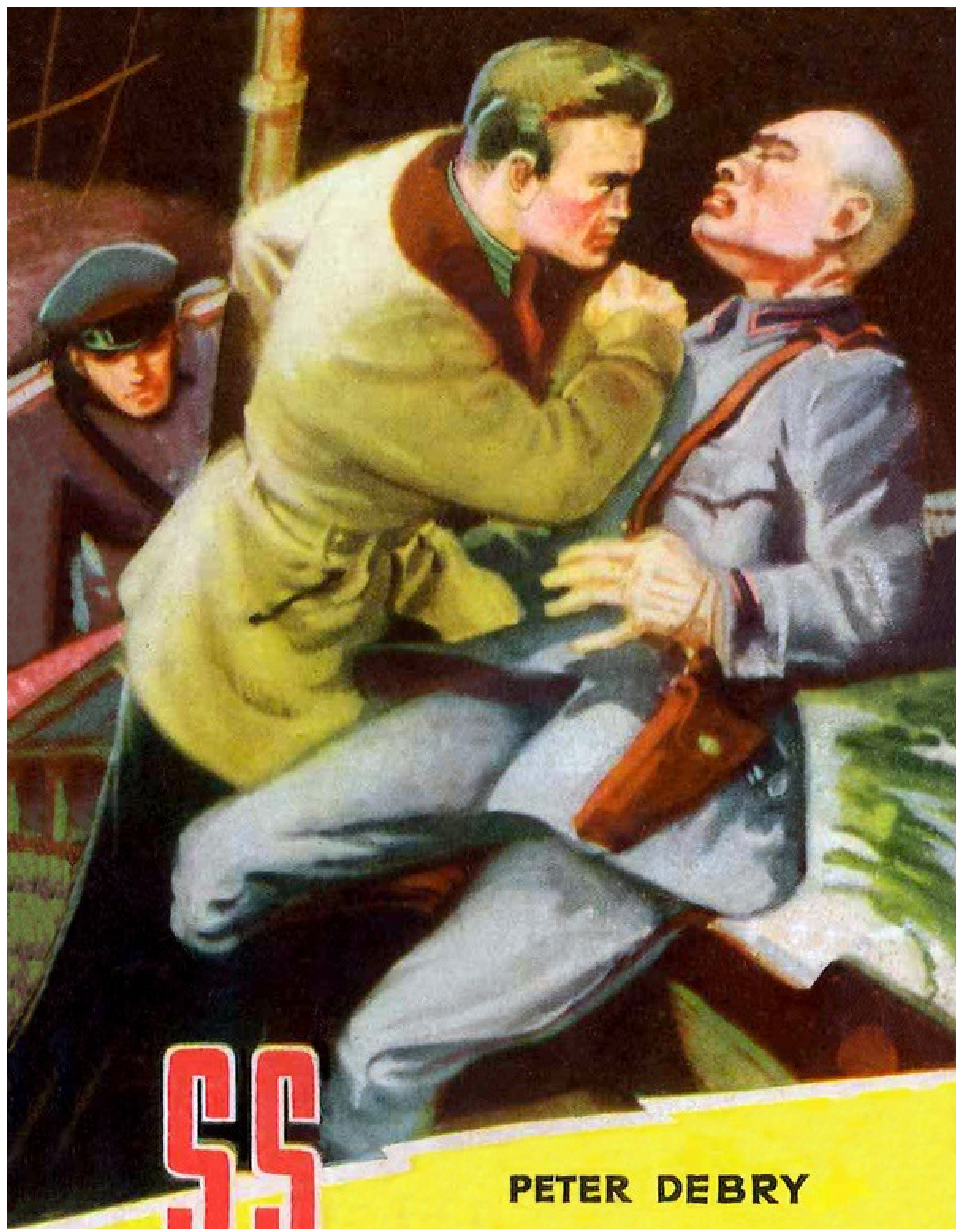


PETER DEBRY

LOS CUATRO ASES

En un orfanato bonaerense, el inteligente y rebelde niño Victor Tramp es adoptado por un científico alemán, el Doktor Truel. De camino a Europa Vic descubre que su bienhechor y padre adoptivo es en realidad el agente secreto Arnold Stevens, maestro del disfraz, que le ha adoptado para adiestrarle como su pupilo y compañero de proyectos. La obsesión de Stevens y del Servicio Secreto inglés es luchar contra la sociedad Los Cuatro Ases, unos malignos y misteriosos individuos que gobiernan el mundo.

Victor crece como inglés, formándose en la más estricta disciplina y en el conocimiento de las habilidades necesarias para ser el mejor de los agentes, viajando por toda Europa y adquiriendo una extraordinaria formación. Mientras, la bella modelo Gaby Normand es obligada por Los Cuatro Ases a seducir a Stevens; lo consigue, lo enamora y luego, arteramente, le mata. Vic Tramp jura venganza y para ello sigue los pasos de Gaby hasta llegar al París de los días de la ocupación. Allí, en un hotel, en pleno bombardeo nocturno de los aliados, se reúnen en el sótano diversos y variopintos personajes: la Marquesa de Namurs y su criado Gustavo, un oficial prusiano, Vic Tramp, la bella Gaby y su amiga Marisa Ambra, el pintor argentino que las ha contratado como modelo, la famosa actriz Cora Robin… Un apagón propicia la muerte de Gaby y permite a Tramp descubrir que también Marisa está en manos de Los Cuatro Ases. Y más aún, cuando son llevados al cuartel general de la Gestapo, se desvela que el coronel prusiano y la actriz Cora son, precisamente, dos de los cuatro ases que quieren llevar a Tramp a la isla donde tienen su sede. Rocambolescas acciones culminan en una escapada colectiva hasta el castillo de la condesa —que resulta ser una ex-espía de la guerra del catorce— y con el más fenomenal descubrimiento: Stevens está vivo —se salvó milagrosamente— y se esconde bajo la máscara del fiel criado Gustavo. Diversos y emocionantes avatares culminan con la detención de tres de Los Cuatro Ases que son condenados y ejecutados. ¿Ejecutados? No; el cuarto as consigue disfrazarse de oficial francés y, en el último momento liberar a sus secuaces y huir. La aventura parece querer continuar.



Peter Debry

Los cuatro ases

Bolsilibros: Servicio Secreto - 06

(Vic Tramp y Arnold Stevens - 1)

ePub r1.0

xico_weno y jala 27.12.16

Título original: *Los cuatro ases*
Peter Debry, 1950
Portada: Provensal
Ilustraciones: Macabich

Editores digitales: xico_weno y jala
ePub base r1.2





PETER DEBRY

LOS CUATRO ASES

1ª. EDICIÓN
SEPBRE - 1950

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 2-T. 284453 BARCELONA (6)


LOS CUATRO
ASES
por PETER DEBRY

CAPÍTULO PRIMERO

El director de la «Fundación Monti» examinó la tarjeta de su visitante, después de invitarle a tomar asiento.

—¿Profesor Heinrich Truel? —leyó en la recia cartulina.

Su sonrisa se hizo repentinamente obsequiosa, añadiendo:

—Aunque yo sea un profano en arqueología, su nombre es universalmente conocido, *Herr* Doktor. Tendré gran placer y honor en poderle ser útil.

En el despacho del director del principal orfanato de Buenos Aires entraba una suave luz diurna matizada la violencia del sol por las lujosas cortinas.

La envarada rigidez del busto corpulento y el claro azul inocente de los ojos eran las características que en el visitante delataban al germano.

Su acento era perfecto, aunque levemente gutural, cuando en excelente español explicó:

—Mi visita obedece a una cuestión de índole sentimental. La ciencia ha sido mi única esposa, y aunque siempre colma y absorbe mi actividad, de vez en cuando echo de menos un afecto sincero. Me gustan mucho los niños, pero soy ya un solterón empedernido…, y si hay algo en el mundo que me inspire verdadero terror, es la idea de casarme.

La carcajada que tras la pausa final a sus palabras emitió Heinrich Truel era clásicamente teutona: ancha, cordial y vulgar.

Agregó, cesando bruscamente de reír:

—Y no quiero casarme mientras conserve plenamente mi lucidez mental. Resumiendo: deseo adoptar a uno de sus huérfanos, que será mi hijo espiritual, y que continuará mi obra cuando yo cese de existir.

—Me congratulo, *Herr* Doktor, de estar en condiciones de facilitar a la Humanidad la continuación del beneficio que

representa su ciencia. Nuestra fundación, subvencionada por almas filantrópicas, cuida con esmero de la educación de los pobres huérfanos que, anónimamente, son depositados en nuestros tornos.

Al terminar este párrafo, una sonrisa de disculpa apareció en los labios del director, que añadió:

—Yo quisiera, *Herr* Doktor, que usted interpretase con ecuanimidad lo que a continuación debo exponerle. Nuestra organización vela con sumo celo por el porvenir y bienestar de nuestros educandos, y el Estado nos exige documentados informes sobre…

—Comprendo, comprendo, mi querido señor —y el visitante extendió una mano vellosa, que depositó sobre la mesa una cartera de negocios de negro tafilete—. Contiene mis credenciales. Entre ellos hallará usted mi pasaporte, un certificado avalando mi solvencia moral firmado por el embajador alemán en la Argentina, documentos de la Academia de Ciencias de Berlín, Praga, Oslo, certificados médicos, créditos bancarios…

—Me basta, *Herr* Doktor —atajó con amable ademán el director, después de haber hojeado rápidamente el pasaporte y el certificado del embajador—. ¿Puede, con su permiso, sacar mi secretario copia de los datos esenciales para nuestro archivo?

—Disponga cuanto sea preciso. Entregue cartera y contenido a su secretario. Soy admirador de la eficiencia, el control y la organización efectiva.

—Perdón, *Herr* Doktor. Por distracción, seguramente, ha dejado usted entre su documentación un paquete de billetes de diez dólares.

—¿Ah, sí? Cuéntemelos, ¿me hace el favor?

Dispuesto a no extrañarse ante las mayores excentricidades del sabio arqueólogo, famoso en el mundo entero, el director contó pacientemente dos mil dólares en billetes de a diez.

—Son doscientos billetes, que suman exactamente dos mil dólares, *Herr* Doktor.

—Ingréselos en su caja. Son para sus muchachos.

—¡Oh, doctor! ¡Cuánta generosidad! —Y visiblemente emocionado ante la dádiva, el director, levantándose, estrechó las dos manos de Heinrich Truel—. ¡No sabe cuánto bien desparramará este dinero entre mis pobres huérfanos!

—Así lo espero. Elíjame ahora a los tres muchachos más inteligentes de su orfanato que no posean ninguna tara ni debilidad física. Que vengan aquí.

—Inmediatamente, *Herr* Doktor; inmediatamente.

—Confío en que, pensando en el gran porvenir que les espera, sabrá usted elegir atinadamente.

Cinco minutos después tres niños que vestían el mismo delantal a rayas, y recién peinados, entraron en el despacho.

Dos de ellos miraban al suelo. El tercero, sin descaro, miraba rectamente al rostro de Heinrich Truel.

—Este niño —dijo el director, designando a uno de los que no levantaban la vista del suelo— es el primero en Matemáticas y Ciencias Físicas. Se llama Germán. Acércate al señor profesor, Germán.

Heinrich Truel estudió críticamente la inteligente fisonomía del muchacho que respondía al nombre de Germán.

—Escúchame, niño. Yo pienso adoptar a uno de vosotros para que me ayude en mis estudios. Seré un padre para el que elija. ¿Me querrás mucho?

—Sí, señor; mucho —respondió Germán, obedientemente.

—Puedes irte, Germán —dijo Heinrich Truel.

El segundo muchacho que miraba obstinadamente al suelo, levantó ahora la vista para examinar al visitante, que le hacía la misma pregunta:

—¿Me querrás mucho?

—Sí, señor. Al menos… lo intentaré.

—No está mal. Espera en el corredor.

A solas con el tercer muchacho y el director, Heinrich Truel preguntó:

—¿Por qué me miras con tanta fijeza?

El muchacho, nueve años robustos, levantó las cejas, torciendo un poco el cuello, como quien examina críticamente un cuadro.

—Le miro, señor, porque siempre me interesa saber con quién hablo.

—Ah… Pareces despierto de mente. Si te adoptara, seguro que me tendrías mucho cariño.

—No lo sé, señor. No veo la razón para que así, de buenas a primeras, le conteste si podré o no apreciarle. Dependería mucho de

cómo se portase usted conmigo.

—¡Víctor! —exclamó el director, con el ceño fruncido—. ¡No seas impertinente! Anda, vete con tus compañeros.

Víctor salió del despacho. El director se acercó al visitante:

—Dispense al muchacho, *Herr* Doktor. Es un carácter algo independiente y rebelde. Muy buen fondo, pero reacio a estudiar el programa oficial de los cursos de nuestra Fundación. Dice que él sólo quiere estudiar aquello que le gusta. Geografía, Historia… En cambio, Germán es un excelente muchacho. Es el que le convendría: estudioso, disciplinado…

—Pero ha mentido innecesariamente, y odio las mentiras inútiles.

—¿Cómo dice usted, *Herr* Doktor? ¿Que le ha mentido?

—Naturalmente. ¿Cómo podía saber sí me iba a querer o no? El segundo fue más sincero, pero vaciló. Un indeciso. En cambio, este último que ha salido, el llamado Víctor, éste no ha vacilado, y éste es el que vendrá, conmigo y será mi digno sucesor.

El «Aquiles», el gran transatlántico europeo, lanzaba ya el tercer toque de sirena anunciando, su inmediata salida del puerto de la capital argentina.

El director del orfanato hizo sus últimas recomendaciones a Víctor:

—Compórtate siempre bien. Obedece siempre en todo al señor profesor. Es una gloria científica, y has de respetarlo. Me marcho, porque el barco se dispone a zarpar. Despídeme del señor profesor. Dile que lamento no haberle estrechado la mano por última vez. Adiós, Víctor. Que seas bueno y seas feliz.

—Adiós, señor. Siempre le recordaré con afecto. Se porta usted muy bien con todos, nosotros. Adiós.

Bajando por la escalerilla que comunicaba con el muelle, el director ondeó de nuevo la mano, e hizo su última recomendación.

—No te muevas de donde estás, para que el señor profesor no tenga que buscarte.

El barco había zarpado ya. Se alejaban las siluetas de los que en el puerto despedían a los pasajeros, convirtiéndose en puntos borrosos.

Desaparecieron, y sólo una inmensa masa líquida rodeó al barco.

Víctor empezó a dar leves señales de impaciencia. *Herr* Doktor

Heinrich Truel no aparecía por ningún lado.

Sentóse Víctor en un *rocking-chair*, dispuesto a esperar aún cinco minutos.

Un individuo atlético, esbelto, elegantemente vestido de gris, portando un brillante monóculo que parecía incrustado en su ceja, se detuvo frente a él.

—¿Qué haces ahí tan solo, muchacho?

Víctor miró detenidamente al desconocido que le interpelaba. Era el prototipo del hombre que le habría gustado ser cuando fuese mayor.

—Espero al señor profesor Truel.

—Ha muerto hace unos minutos… ¿Puedo sentarme a tu lado?

—¿Que ha muerto…? ¡No es posible!

—Todos los humanos han de morir —dijo el desconocido, con alegres sonrisa—. Conozcámonos. Yo soy Arnold Stevens, comandante inglés de los Fusileros Reales de la India. ¿Y tú?

—Me llamo Víctor. Pero… ¿y el señor profesor?

—Olvídate de él ya no existe. Víctor dices que te llamas. Pero ¿Víctor, qué más?

—A secas, señor. Soy huérfano.

—Bien. Contestas tan rectamente como miras. Sin vacilaciones. Así me gusta. De ahora en adelante, te llamarás Vic Tramp.

—¿Y usted quién es, señor, para decidir cómo he de llamarme? Voy a buscar al señor profesor, que es el único, que puede mandar en mí.

Quiso levantarse, pero suavemente Arnold Stevens le obligó a sentarse de nuevo.

—Yo «era» el profesor, Vic —y la voz del británico adquirió en esta frase la misma tonalidad gutural que salía de la garganta del profesor alemán.

Víctor, boquiabierto, contempló al atildado individuo que sabía imitar perfectamente las voces ajenas.

—Escúchame, Vic. Recordarás que al salir del orfanato, cuando veníamos en un *taxi* acompañados por el director, levanté mi manga izquierda y te enseñé en mi antebrazo una marca especial: un tatuaje.

—Era… era el profesor quien hizo eso. ¿Cómo puede usted saberlo? Era una marca rara: esos dibujos que están en los naipes

franceses.

—Exacto, Vic. Los cuatro ases. ¿Eran éstos, verdad?

Arnold Stevens levantóse la manga izquierda, y el puño de la camisa de seda gris.

En su antebrazo, los ases de corazón, trébol, diamante y cuadros, aparecieron tatuados en rojo y negro sobre la piel.

Víctor, en gesto muy infantil, manifestó su asombro cubriéndose la boca con las dos manos y desorbitando los ojos hasta el máximo.

Entonces… ¿aquel hombre tan distinguido y juvenil era el mismo que aquel otro grueso y avejentado que le había adoptado?

—Escúchame, Vic. Tú eres un muchacho listo y me comprenderás pronto. Por ahora, ven conmigo al camarote. Tuve que dejarte solo con el director, porque debía librarme del algodón que rellenaba mi cuerpo, y limpiarme el rostro para convertirme en quien soy: el comandante Arnold Stevens.

Hablando se había puesto en pie, tendiendo la mano al muchacho, que la asió y empezó a andar junto a él.

—Señor, ¿es usted, pues, eso, un aventurero?

La carcajada de Arnold Stevens fue esencialmente británica: corta, reprimida, pero ruidosa.

—¿Qué entiendes por un aventurero?

—Un hombre que viaja mucho, que lucha siempre, que se disfraza, que persigue a los malos y premia a los buenos.

—¡Magnífico! Definido así, admito tu calificación. Soy un aventurero empedernido.

En el suntuoso camarote de primera preferente, Arnold Stevens se sentó y acercó al niño, cogiéndolo por los hombros.

—Mírame bien a los ojos, Vic. Tengo que hablarte seriamente.

—Sus ojos, señor, eran antes azules. Ahora son grises. Esto no lo puedo comprender.

—Eres buen fisonomista. Excelente cualidad. Un hombre, al cual por más que me esforcé no pude salvar de la muerte, en su agonía me hizo el heredero de su secreto; una anilina especial, una tintura invención suya, que siendo inofensiva, permite adoptar el color de iris que se prefiere, o se precise. Unas gotas entre los párpados, y eres totalmente distinto. Eres otro.

—Ahora comprendo. Así no le pueden reconocer cuando a usted no le interesa.

—Y éste es el caso presente. No me interesa ahora que me reconozcan. Usurpé la personalidad del profesor Truel, que naturalmente existe, pero se encuentra en Egipto dirigiendo excavaciones. Me conviene que también tú cambies de aspecto. Quiero iniciarte en el secreto, porque tú serás mi heredero. ¿Tendrás miedo si te someto a un experimento?

—¿Miedo? No, señor. Tengo confianza en usted. Me habla como lo haría con otro hombre… y entre hombres es fácil entenderse.

—¡Magnífico! Tú y yo seremos grandes compañeros —dijo Stevens, levantándose y abriendo un maletín, del que extrajo una botellita que transparentaba un líquido rojizo—. Tienes el iris y la pupila muy negros. Dentro de cinco minutos te mirarás al espejo. Te advierto que esto duele un poco. Produce escozor. Tal vez llores.

—¿Llorar? ¿Llorar yo? ¡Nunca, señor!

—Yo mismo, cuando empleo esta anilina, lloro también. Es algo que no podemos dominar. No es lagrimeo de mujercita ni de niño cobarde. Es un lagrimeo físico inevitable.

—Si usted dice que llora… entonces yo también lloraré.

Los ágiles dedos de Arnold Stevens levantaron el párpado de Víctor. Vertió tres gotas del líquido rojizo en cada órbita.

—Cierra los ojos y no los abras hasta que yo no te lo mande.

Un violento escozor, hizo crispar los labios al muchacho, que valientemente pugnó por «ganar» a su extraño mentor.

Pero irritantes lagrimones fueron resbalando por las comisuras de sus cerrados párpados.

Un peine de aceradas púas, que crepitaba desprendiendo chispas eléctricas, pasó por sus cabellos con insistencia.

Notó que sus humildes ropas eran substituidas por otras telas suaves, olorosas, agradables al tacto.

Alrededor del cuello, algo rígido, frío, le apretaba…

—Falta sólo un minuto para que puedas ya abrir los ojos, Vic Tramp. La palabra Tramp significa viajero siempre en camino. Posiblemente, si el director del orfanato telefonea al Consulado alemán para agradecer el donativo de dos mil dólares que el profesor Truel ha hecho, a fin de que con su agradecimiento figure su deseo de que se publique en la prensa para gala de los alemanes, pronto la policía enviará a bordo un mensaje requiriendo la detención del que suplanta al famoso arqueólogo alemán, y que

acompaña a un niño llamado Víctor. Abre ya los ojos y mírate en aquel espejo.

Con cautela, casi con temor, Víctor examinó en el espejo, frente, a él, a un muchacho que no conocía.

En vez de unos ojos negros, eran unos ojos pardos los que miraban a un elegante muchacho vestido a la usanza inglesa de los colegiales de Eton; cuello almidonado duro, que desbordaba por encima de la corta chaqueta gris, pantalones largos del mismo color, camisa de seda, zapatos de brillante charol.

Y el cabello antes liso y lacio, era ahora un conglomerado de rebeldes rizos.

—¡Oh! ¿Y éste soy yo, señor?

—No. Ese que ves no es Víctor, el hospiciano. Es Vic Tramp, mi sobrino. Venimos de Australia, y no conoces ni siquiera has oído hablar del profesor Truel ni de un huérfano llamado Víctor.

Vic Tramp asintió vigorosamente con la cabeza.

Y su admiración creció inmensamente, cuando observó el despreocupado ademán con que Arnold Stevens, enfundado en impecable *smoking*, ofrecía al capitán del buque su abierta pitillera, en el salón fumador, después de la cena.

—¿Y dice usted, capitán, que la policía argentina ha ordenado por radio que se detenga a bordo al falso profesor Hainrich Truel y a un muchacho de nueve años llamado Víctor?

—Sí. Y después de una meticulosa y discreta inspección, he radiado contestando que debe tratarse de un error. Fueron vistos instantes antes de zarpar, pero ahora no están a bordo.

—Un caballero y un niño no desaparecen así como así, capitán —comentó Arnold Stevens, exhalando una aromática bocanada de humo—. Yo mismo y mi sobrino podríamos ser los que se buscan.

Víctor, bajo su nueva apariencia de Vic Tramp, sintió que en su garganta, repentinamente seca, se formaba un nudo al oír aquellas imprudentes palabras del que admiraba.

—La filiación que nos transmitieron, *Mr.* Stevens, precisaba los ojos azules del profesor y los negros del niño. Y estos datos son de los que no fallan ni pueden disimularse. Mi opinión es que ambos descendieron de nuevo antes de que el barco zarpara, en el último instante.

—Es la opinión más sensata, capitán. Vámonos a pasear un poco,

Vic —y Arnold Stevens dio una afectuosa palmada en la mejilla de Víctor—. Tienes suerte de poseer ojos castaños. De lo contrario, el señor capitán te habría mandado detener.

El capitán, sonriendo, dedicó al despedirse, un amable apretón de manos al elegante sobrino del elegantísimo comandante Arnold Stevens.

CAPÍTULO II

Los amaneceres neblinosos de Londres acompañaron durante tres años consecutivos los despertares de Vic Tramp.

Hablaba ya en perfecto inglés, y su cuerpo se robustecía extraordinariamente con el continuo ejercicio al aire libre en las verdes praderas del exterior de la capital, a donde se dirigía a caballo todas las mañanas.

Veía escasamente al comandante Arnold Stevens. Habitaban en un magnífico piso dotado de todas las comodidades. Disponía Vic Tramp para su exclusivo servicio de un criado, una institutriz y un profesor de gimnasia y *jiu-jitsu*.

Estudiaba únicamente lo que tanto le gustaba; historia, geografía, etnografía y todas las ciencias afines a estas ramas.

Pero para ser del todo, feliz le faltaba ver con más frecuencia al comandante Stevens, que a veces estaba ausente meses y meses.

—¿Y usted, qué ha decidido que yo sea, señor? —había preguntado Vic la última vez que le había visto.

—Cuando yo pierda facultades, tú me substituirás en mi trabajo. Cuando transcurran algunos años más, ya te explicaré en qué consiste mi trabajo. Progresas en inglés; no hay ya diferencia entre tu acento y él de Oxford. Pronto nos marcharemos a otra región del continente.

—¡Magnífico! —exclamó Vic, usando la palabra favorita de su protector, sonriéndole—. Londres resulta ya pesadísimo, señor.

—¿Quieres viajar? Una ilusión que pronto se desvanecerá, Vic. La isla que desde lejos es paradisíaca, al pisarla está llena de mosquitos y su agua es impotable. Pero, en fin, eres aún un hombrecito. Sigue conservando tus ilusiones.

Y Vic Tramp había vuelto a despedirse de Arnold Stevens, con íntimo dolor, como cada vez que se despedía. ¿Volvería aquel hombre maravilloso?

Maquinalmente al acostarse, miró al reloj sobre la mesita de noche de su principesca alcoba. Señalaba las once y cinco de la noche.

Empezaba a adormecerse, cuando la puerta de su alcoba se entreabrió sigilosamente. Vic Tramp, se enderezó sin ruido, asiendo de una cercana estantería un pesado mazo de «*críquet*».

La puerta acabó de abrirse y ensangrentado, con la ropa: hecha jirones, un ojo cerrado y amoratado, entró Arnold Stevens.

—Calla, Vic. No grites. Nadie sabe que acabo de llegar, Compórtate como el hombre que eres. No tiembles. Vete de puntillas a la bodega, y tráeme un frasco de coñac Martel. De prisa… ¿No querrás que me desmaye como una damisela ultrajada, eh?

Vic Tramp, con el corazón golpeándole fuertemente; corrió en pijama, sobre las puntas de los pies, silenciosamente, hasta regresar con el frasco de añejo coñac.

Arnold Stevens, casi retorcido por el dolor sobre su sillón, bebió ávidamente en la misma botella.

—Esto ya va mejor, Vic. Vístete mientras te hablo. Debemos marcharnos inmediatamente. Ahora escucha mi primera lección práctica. No te fíes nunca de nadie. No tengas amigos en quien confiar. Que tu cigarrillo sea tu único y sólo confidente. Yo confié en un amigo… ¡y mira!

De un tirón, Arnold Stevens desgarró su americana y su camisa. Volvióse, y horrorizado, Vic Tramp contempló los músculos de la amplia espalda desnuda, cruzados por líneas rojas e hinchadas que sangraban.

—¿Lo ves bien? Que este espectáculo te quede siempre grabado en la mente, como, a mí me quedarán las cicatrices en la espalda. El amigo en el que confiaba me denunció a unos esbirros que, intentando inútilmente obligarme a hablar, me azotaron con un látigo estando yo atado.

—¡Oh! —exclamó Vic Tramp, indignado, reprimiendo sus temblores de ira—. El hombre que te ha azotado no es digno de vivir. Tú eres el mejor de los hombres… ¡Oh, perdone, le he tuteado!

La agradable sonrisa del comandante Arnold Stevens iluminó por unos instantes su rostro contraído por el sufrimiento físico.

—De ahora en adelante, tutéame, Vic. Te has portado como un hombre. Sí, el que me ha azotado no era digno de vivir. Nunca se debe golpear a un hombre atado. Él lo hizo, y por eso lo maté.

Vic Tramp, que se había ya vestido febrilmente, sintió aumentar su admiración por el destrozado individuo que ante sí tenía.

—Fuera nos espera mi coche, Vic. Por el camino te diré lo que has de hacer para mitigar la picazón de estas «caricias». Nos vamos a Alemania. Allí me desquitaré.

—¿Por qué no denuncias a los que te han maltratado?

—Primero, porque eran tres, y los tres han dejado de existir. Segundo, escucha otra lección práctica: El hombre no denuncia a los que le hacen daño. Denunciar es palabra que no está escrita en el código de los aventureros viriles. Vámonos.

Aquella noche quedó para siempre grabada en el recuerdo de Vic Tramp. Fueron sus dos primeras lecciones prácticas.

Tres años después, Vic Tramp se defendía ágilmente de las acometidas de su profesor de lucha libre y boxeo, el austríaco Hans Gratz.

Hans Gratz, resoplando, intentó una llave «nelson», y encontróse inesperadamente sobre la colchoneta, percibiendo que sus espaldas no podían separarse, por más que forcejeaba, del contacto con la lona.

Había sido «tocado». Levantóse, medio humillado y medio orgulloso.

—Has asimilado bien mis lecciones, Vic. No me di cuenta que preparabas un «doble puente». Me cazaste.

—Gracias, *Herr* Gratz —replicó, en perfecto alemán, el muchacho—. Es usted un excelente profesor.

Después de ducharse, desayunó con excelente apetito. Hacía ya cinco meses que no veía a Arnold Stevens.

Desde su precipitada marcha de Londres, había recorrido Vic casi toda Alemania y media Austria.

Algunas veces había tenido que partir de donde se hallaba, con la misma urgencia que en la última noche londinense.

Perplejo al principio, iba ahora Vic orientándose. Por las enseñanzas que recibía de topografía, planística y radio, iba comprendiendo obscuramente la clase de «trabajo» a que se dedicaba Stevens.

Calladamente, estudiaba y fortalecía sus músculos practicando todo género de deportes, para complacer a su extraño protector.

Salió del hotel para dirigirse al campo de tenis. Oyó silbar una melodía, «Concierto en Varsovia», que le hizo detenerse bruscamente.

Aquella melodía, modulada de aquella manera, sólo la podía silbar una persona en el mundo.

De un automóvil desvencijado, lleno de barro y que desentonaba junto a los elegantes coches vieneses que se agolpaban frente a la escalinata del hotel, asomó por la ventanilla la cabeza de Arnold Stevens, que guiñó un párpado.

Vic Tramp, indolentemente, se acercó y subió junto a Stevens.

—Hola, Vic. Hay que atravesar la frontera; esta misma noche. Lo siento, muchacho. Tal vez haya algún peligro.

—Magnífico —replicó Vic Tramp, lacónicamente.

—Posiblemente tendrás que demostrarme que has aprovechado tus lecciones de tiro. Debajo del asiento hay dos «*Parabellum*». Las emplearás si yo silbo el «Concierto», pero no antes.

El desvencijado coche resultó poseedor de un potente motor que devoraba los kilómetros raudamente. Vic Tramp notó que su compañero cambiaba hábilmente la posición de las palancas con su rodilla y que conducía el volante con un solo brazo, el derecho.

El izquierdo pendía inerte, lacio, y la mano estaba surcada por un hilillo rojizo que iba destilando gotas sobre la alfombrilla.

—¡Estás herido! ¿Quieres que conduzca?

—Tienes dos brazos útiles, y hay dos «*Parabellum*». Lo mío no es nada. Un tiro de suerte. Me han incrustado unas onzas de plomo en el bíceps. Ningún hueso tocado. La bala se ha encajado limpiamente en la carne.

—¡Pero… te desangras!

—No. Tengo apretado un torniquete. Y mejor sería que me desangrase. Así tal vez escarmentaría definitivamente. Escucha mi tercera lección práctica. No te fíes nunca de las apariencias. Te he dicho siempre que la educación, la cortesía, son el sello del caballero que quiero que seas. Se pueden intercambiar puñetazos, tiros y matarse elegantemente. Pero no hay que exagerar. Este plomo que me está quemando en el brazo, me lo propinó un caballero que parecía tonto y era extremadamente cortés. Él

apuntaba al corazón. Las apariencias engañan, Vic.

Fue una loca cartera a través de las mejores autopistas austríacas. Se acercaban ya a la frontera suiza, cuando Stevens avisó:

—Cuidado ahora, Vic. Se opondrán a nuestro paso clandestino… y hay que pasar sea como sea.

Estremecido de placer, Vic Tramp cogió por la culata las dos pesadas y largas «*Parabellum*».

—Dispara solamente si yo silbo nuestra melodía de contraseña. Tira a los brazos y a las piernas. Ahora abandonaremos el coche, y a pie, intentaremos internarnos en Suiza.

Vic Tramp vivió media hora de intenso placer. La fría noche plateada de las cumbres, aumentaba la sensación de peligro oculto.

Pero cuando ya estaban en Suiza, lejos de, toda inquietud, desilusionado enfundó las dos pistolas en su cintura, entre la camisa y el pantalón.

—Otra vez será, muchacho. Llegará día en que echarás de menos tu vida tranquila de ahora.

—Eso nunca. Yo quiero… ¡quiero ser como eres!

—Tú serás mejor que yo. Para eso te estoy educando con mis lecciones prácticas.

Un año monótono en Berna, Lausarine y Ginebra. Dos años más en Italia. Vic Tramp cumplía ya los dieciocho. Era un guapo ejemplar de atleta, varonilmente atractivo.

Muchas miradas de mujer se detenían en él con nostálgica complacencia.

Indiferente a todo, obedecía fielmente el programa de vida diaria, que le dejaba siempre el aventurero antes de partir para desconocidas y misteriosas expediciones.

Humberto Corsini, el maestro de esgrima, declaraba con grandes aspavientos que *IL ragazzo* era el mejor de sus discípulos, para el cual la espada sería, si lo deseaba, una gran fuente de ingresos.

Por las tardes, todos los museos italianos desfilaban delante de la paleta multicolor de Vic Tramp, que recogía una amplia enseñanza pictórica.

Hablaba ya el italiano sin la menor sombra de acento extranjero.

Esta vez partió de Italia al recibir en Florencia un telegrama a su nombre en lista de correos:

«Ven inmediatamente. Te aguardo en Marsella».

No había firma, y procedía de Marsella.

En Marsella, el comandante Stevens, envejecido, con más canas en los aladares, estrechó jovialmente la diestra de Vic Tramp.

—Pronto va a finalizar tu aprendizaje, Vic. Ahora, durante tres años, aquí en la dulce Francia, pondrás punto final a tus estudios. Quiero que en estos tres años, bajo la dirección de los maestros actores del Conservatorio; aprendas lo esencial en mi profesión: ser un consumado actor, apto para todos los disfraces. Y entonces… cuando lo seas, entonces el mundo abrirá para ti sus múltiples decorados de aventura. Y lucharás con ventaja. Tendrás la vasta experiencia y ayuda de todas las enseñanzas recibidas.

—¿Y tú? Eres rico. ¿Por qué no abandonas ya tu vida peligrosa?

—Soy rico. Pero sin la sal de la incertidumbre, sin zozobra, la vida resultaría sosa. El peligro es como una droga. Nos esclaviza. Tener que divertirse yendo a teatros, bailes, cenas y frecuentar el trato social como diversión, resulta una diversión muy aburrida. Conocerás París. Las mujeres francesas son muy seductoras. Recuerda mis palabras. Cortés con todas, pero no hagas caso de ninguna y pierde la cortesía si se ponen pesadas. La mujer es un dulce peligro.

Sonrió Vic Tramp.

—¿No decías que amabas el peligro?

—Esta clase de peligro embota. Anula al hombre. Si estás dispuesto a obedecerme, borra de tu vida la palabra «mujer».

—Queda borrada.

—¡Magnífico! Te he estudiado, y sé que cuando dices algo, lo cumples. Aunque, desgraciadamente, en este caso, ellas son siempre las que deciden y tienen la última palabra.

CAPÍTULO III

Gaby Normand era un maniquí parisiense, que a veces posaba para pintores y escultores. Su preciosa figura, su juvenil rostro delicado, y un extraño encanto indefinible, la hacían destacarse en la capital donde abunda la mujer bonita.

Su existencia egoísta transcurría sin pena ni gloría… hasta que recibió una cita misteriosa.

El teléfono del pequeño piso amueblado en que vivía, repiqueteó en aquella mañana primaveral, y desde el lecho extendió el brazo, dispuesta a negarse cualquier invitación para trabajar.

—¿Gaby Normand? —inquirió una voz para ella desconocida.

—Yo misma. ¿Quién es?

—No me conoce. Pero, en cambio, sí recordará al joven secretario del Ministerio del Aire.

La mano de Gaby Normand se crispó alrededor del esmaltado teléfono, mientras de pronto notaba que su respiración se aceleraba.

Al otro lado del hilo, la voz desconocida prosiguió:

—Esta tarde a las siete, la esperaré en un «Delage» gris, en la esquina de los Almacenes Printemps, puerta de Sederías. Percibirá el doble de lo que entonces percibió.

—¿Y si no acudo? —murmuró ella, débilmente.

—A las siete. No lo olvide.

Colgaron. Gaby Normand quedó tendida de espaldas, pensativa. Recordaba aquel asunto relacionada con el joven secretario particular del ministro del Aire.

Había sido una tentación irresistible. Con motivo de una exhibición de modelos de alta costura, Gaby Normand había realizado un viaje a la playa norteña de Saint-Malo.

El desfile de las creaciones del afamado modisto tuvo lugar en forma distinta a la habitual. En vez de pasear por una pasarela entre las mesitas de los posibles clientes, las maniquíes alternaban en la

pista, y para los invitados constituía una novedad el averiguar si bailaban con la esposa de un ministro o con una maniquí.

Las mujeres, más atinadamente, discernían pronto quiénes eran las modelos. Gaby Normand bailó varías veces con un joven petulante qué envanecido por unos fáciles éxitos sociales, se consideraba irresistible.

Tal vez porque ella prefiriera el galán maduro, no prestó mucha atención a la inflamada corte que el joven inició. En cambio, se dejó adular con más complacencia por un desconocido de alta talla, impecables modales y dureza de rostro.

«Un hombre práctico», pensó ella, que frenó su impulso de aceptar, cuando él, colocando alrededor de su muñeca un valioso relojito de pulsera, dijo:

—Complementa el vestido. Hágame el obsequio de conservarlo en recuerdo de esta fiesta.

—Me es imposible aceptar, señor. Apenas sé quién es usted.

—Soy Harold Dobleman, suizo, cuarenta y siete años, viudo, representante en París de una fábrica de relojes. Acepte sin recelos. ¿No comprende que soy un hombre interesado? Al ver en su preciosa muñeca este reloj, habrá señora que deseará saber dónde lo adquirió, y así realizará propaganda de la casa que represento. Es decir, que es usted quien me hace un obsequio.

Tras alguna resistencia más, para guardar las apariencias, ella aceptó, y con un pretexto cualquiera se separó del suizo.

En el lavabo de señoras, se reunió con una amiga suya, técnica en joyas.

—¿Cuánto puede valer esto, Fanette?

Fanette sacó de su bolso su inseparable lupa. Miró, remiró, y estudió por los cuatro costados el reloj pulsera.

Lo devolvió, suspirando:

—¡Qué suerte tienes, Gaby! Cuando venga la racha mala, y quieras venderlo, yo misma te daré cincuenta mil francos.

—¿Eh? ¿Bromeas?

—Es platino, diamantina y un ónix imperial. Si crees que bromeo, ven mañana a casa y hallarás comprador a cincuenta mil.

Asombrada, Gaby Normand volvió a la pista esperaba el joven Don Juan; a cuya invitación se negó ella diciendo que estaba invitada por «aquel caballero».

El suizo enlazó el talle de la modelo, y a los compases de un lento *fox*, ella susurró:

—El reloj es demasiado caro, señor. No me lo suponía…

—No soy un vendedor de pacotilla, no regalo flores de campo, señorita. En efecto, este relojito tiene en los escaparates de la Rué de la Paix, un cartelito diciendo que se trueca por setenta y cinco mil francos contantes y sonantes.

—Ningún caballero hace regalos de tanta valía… sin un propósito definido. Y me incumbe decirle que…

—No lo diga. Es usted deliciosamente juvenil, pero no pretendo asediar, la fortaleza de su virtud.

—¿Entonces…?

—Lo que pretendo es mucho más sencillo. Hay un joven que la devora amorosamente, y en cambio a mí me dedica miradas asesinas. Por motivos muy particulares, me agradaría que trabara amistad con este joven. Es una apuesta privada, en la que puedo ganarme doscientos mil francos. Pero más que la ganancia, me interesa que mi amor propio de psicólogo no sufra quebrantó.

—¿Qué apuesta hizo usted?

—Aposté a que ese joven que presume de ser irresistible, se llevaría, el gran chasco con una modelo que esta misma tarde yo designaría. Naturalmente, el joven lo ignora.

Rió Gaby Normand. Las excentricidades de los adinerados, la divertían.

—Bien. Le sigo en el juego, señor. ¿Qué tengo, que hacer?

—Practicar el arte inmemorial del dominio de Eva. Prometer y no dar. Encender y no apagar. Cuando logre que ese joven beba los vientos por usted, entonces… partiré con usted la ganancia de mi apuesta. Cien mil francos.

El *fox* había terminado. Gaby Normand sintió que la pista daba vueltas alrededor suyo.

—¿Y por qué, precisamente, me ha elegido a mí?

—Porque es a todas luces evidente que nuestro joven ha recibido el flechazo de usted.

El joven se llamaba Jules Grimet. Ignoraba Gaby Normand que era el secretario particular del ministro del Aire.

De regreso a París, Jules Grimet estaba enamorado y soportaba difícilmente las bromas de los compañeros de club.

A los siete días de haber conocido a Gaby Normand, apareció flotando en el Sena su cadáver. Fue concluyente la prueba forense. Jules Grimet se había suicidado.

La prensa explotó el viejo tópico: «Todavía hay quien se suicida por un amor imposible».

Sólo Gaby Normand y el que dijo llamarse Harold Dobleman, podían contar la verdadera causa de la muerte de Jules Grimet. Pero a ninguno de los dos les interesaba decirlo.

Y ahora, meditaba ella, reaparecía de nuevo Harold Dobleman. Por teléfono, las voces son muy distintas.

A las siete entraba en el interior de un lujoso «Delage», cuya portezuela posterior se abrió al acercarse ella.

Había penumbra, y no era visible el rostro del hombre, alto, fuerte y elegante, que embozado en blanca bufanda de seda y con capa de noche, ordenó por el acústico:

—Al Bois de Boulogne, Germain.

El chófer arrancó, y Gaby Normand tuvo de pronto el absoluto convencimiento de que no era Harold Dobleman el hombre que se sentaba a su lado.

Se estremeció. ¿Sería algún agente del contraespionaje francés?

—Seré lo más breve posible, Gaby Normand. Cuando Jules Grimet se suicidó, lo atribuyeron a penas de amor. Sólo usted y un caballero que se le presentó como Harold Dobleman, supieron la verdadera causa. Habían sido copiados documentos de la cartera de Jules Grimet. Fueron copiados, mientras usted le visitaba en su piso. Los copió Harold Dobleman, agente del servicio alemán.

—Yo no sabía. Él me dijo que fuera a entrevistarme inmediatamente con Jules, y que…

—Estas explicaciones no las creerá el Servicio Secreto francés. Pero no se alarme. No es mi intención denunciarla.

—¿Qué… se propone?

—Conocí a Harold Dobleman, poco antes de que muriera de accidente bien planeado. Confió en mí, y me explicó el modo genial con que logró copiar unos valiosos documentos. Fue un trabajo sencillo, que le proporcionó a usted ciento cincuenta mil francos. Lo que yo voy a ofrecerle le proporcionará trescientos mil.

—No quiero. Ha sido mi pesadilla el haber originado la muerte de Jules Grimet.

—Los ánimos están muy excitados en Francia. Los tribunales militares ven espías a sueldo alemán por doquier. Ya no hay clemencia. Se fusila rápidamente. Y en el poste de ejecución de Vincenne, hace un frío mortal. No querrá usted que se sepa que el plano de la fábrica subterránea de aviones, que los franceses consideran secreto, está en poder de la «Gestapo», gracias a su intervención.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó ella, sumisa y vencida.

—Es muy sencillo. Yo le indicaré la manera de trabar conocimiento con un hombre que es muy desconfiado. Un hombre ya de cierta edad, aunque de juvenil aspecto. Es un comandante británico llamado Arnold Stevens, si bien en París se hace nombrar Georges Dupont. Es posible que se enamore de usted, pero no es de los que se suicidan. Es necesario que sea usted plenamente ingenua, sin notas falsas, porque el comandante Stevens, alias Dupont, es muy sagaz.

Se fijó ella que en el anular del individuo misterioso, lucía un solitario montado en platino labrado. Despedía fulgores azules.

—El comandante Stevens frecuenta la terraza de «La Coupole». Cuando usted logre adormecer en él su sexto sentido siempre alerta, habrá ganado los trescientos mil francos.

Georges Dupont era la identidad en Francia del comandante Stevens, el hombre que en vano trataban de ganarse los servicios secretos francés y británico.

Solía, hacia el atardecer, sentarse en la terraza de «La Coupole», el bar cosmopolita de los artistas e intelectuales.

Era corriente que por estar las mesas muy concurridas, algunos pidieran permiso para ocupar las ya usufructuadas por desconocidos, y Arnold Stevens lo concedió a un individuo de aspecto anodino, que semejaba un profesor de Liceo, con sus lentes de cadenilla, su sombrero Loage, su cuello de celuloide, la corbata negra y el paraguas bien enrollado.

Por su manera de mirar en rededor y un cierto despiste en sus ademanes, se adivinaba en él al provinciano. Como para atestiguarlo, desdobló el «Petite Gironde», después de pedir un «anís que fuera de los dulces».

Se enfrascó en la lectura de los sucesos, sorbiendo con delicadeza y espaciadamente su copita.

A las siete miró su reloj, un grueso «Roskoff» de los llamados «cebolla», atado a su chaleco con una cadena voluminosa.

Lo remiró varias veces, empezando a manifestar signos de impaciencia. Por fin, como si no pudiera resistir más, interpeló al camarero, ondeando el mango de su paraguas:

—¿La cabina de los teléfonos?

El camarero hizo un gesto, y cuando ya se levantaba el provinciano, apareció Gaby Normand, vistiendo modestamente.

—Por fin —gruñó el viejo—. Ya era hora. La inquietud empezaba a devorarme. ¿Dónde has estado, Gaby? Nos citamos a las siete en punto, y ya sabes que yo…

—No te enojes, papá —sonrió ella—. Vámonos.

—¡Ah, no! No he terminado mi «anisette», y ya que te he esperado diez minutos, bien puedes sacrificarte. Con permiso, caballero. ¡Estas hijas modernas! Ya le decía yo a tu madre que no debimos venir a París. La pobre tenía demasiada fe en tu seriedad.

Gaby Normand, sentándose entre su fingido padre y el comandante Stevens, replicó:

—Hablemos de otra cosa, papá, por favor.

—¿Qué quieres tomar?

—Lo mismo que tú.

—¡Mozo! Lo mismo. Escucha, Gaby, yo sé que tú eres buena, pero tenemos que volver al pueblo. No me gusta París, y yo por mis clases no puedo permanecer en esta capital de vicio que…

—Por favor, padre —dijo ella, como molesta.

Y lo estaba. Era comediante por naturaleza, pero temía a cada instante que su comparsa exagerara la nota y el apuesto británico se diera cuenta.

Por encima de sus lentes, el viejo miró a Stevens.

—Usted perdonará, caballero, que le haya impuesto mi presencia. Es lo que ocurre aquí con tanta gente.

—No es imposición, señor. Me llamo Georges Dupont.

—Encantado, muy honrado. Soy Prosper Normand, y ésta es mi hija Gaby. Usted, que es un caballero en la plenitud de la edad, me dará la razón. Es imposible que…

—Padre, el señor Dupont no está aquí para escuchar tus disertaciones familiares.

—¿Se da cuenta, se da cuenta? ¡Ah, si yo en mis tiempos hubiera

contestado así a mi padre, el bofetón que hubiese recibido…!

Ella, con gentil ademán, acarició la mejilla del viejo, que simuló enternecerse.

—El caballero puede, atestiguar que la señorita más virtuosa, está sujeta a machas tentaciones en una profesión como la tuya.

—Ser modelo es una profesión muy honorable, padre. Es el carácter lo que importa, y la que está dispuesta a perderse, tanto da que sea modelo como asistenta en un convento.

«Un delicioso par de provincianos de fondo. Pero ella es deliciosa también como mujercita», pensó Stevens, que dijo:

—Tiene mucha razón, señorita Gaby. Es el carácter lo que importa, señor Normand.

Generalizando la conversación, el padre manifestó sus deseos de visitar los museos. Pero claro, ella por su horario…

Al día siguiente, Stevens acompañaba al supuesto Prosper Normand por los museos. Hacía tal sacrificio, con la esperanza de volver a ver a la «adorable muñequita».

Cuatro días después, cuando el comparsa se despidió, Gaby Normand era esperada a la salida del taller de modas por Stevens.

Paseos por las riberas del Sena, meriendas dominicales en las floridas glorietas, y «el demonio del mediodía», el peligro de la edad madura, se apoderó de Stevens.

La ingenua frescura de la tez de Gaby Normand, era para él indicio de alma pura. Se estremecía cuando ella, al despedirse, abandonaba su mano entre las suyas.

Extasiábase Gaby Normand ante las casitas de la campiña, argumentando que aquello era su sueño.

—Pero yo soy viajante, Gaby. Y si algún día me decidiera a olvidar que te dobla la edad…

—Los galanes, jóvenes son pólvora de cohete, Georges. Al menos eso dice mi amiga Fanette, que sabe mucho de estas cosas.

El teléfono repicó minutos antes de que Gaby Normand abandonara su piso para encaminarse al taller, donde con sólo tres horas de descansado trabajo, cubría las apariencias.

La voz del hombre del solitario en el meñique, exigió:

—A las nueve, esquina Clichy-Rochechouart.

Se reunieron allí. Y en la penumbra de los asientos posteriores, el desconocido expuso brevemente:

—Parece ser que ha triunfado, Gaby. Hoy el comandante Stevens ha visitado varias joyerías. Ha comprado en «Cartier» un anillo precioso. Un anillo de esponsales.

Sintió ella algo extraño en sus íntimas fibras. Había empezado a querer al comandante Stevens.

—No lo sabía.

—¡Seguramente, querrá darte mañana la gran sorpresa! Es domingo. Irán al campo a recoger margaritas. No sea cruel, y cuando estén de regreso indíquele que desearía conocer su piso. Ya siendo novios formales, todo está permitido.

—Lo haré.

—Bien. Cuando esté con él, bastará un golpe seco en el lado izquierdo del pecho. Tome.

Ella tembló al recibir en su regazo el peso de un cuerpo largo, estrecho… Un puñal afilado. Quedóse sin habla.

—Como es superfluo indicarle, procure no fallar, aunque ya enviaré a un hombre por si falla. Tenga presente que si no me obedece, aparte de perder los trescientos mil… irá al poste de Vincennes. He averiguado que tiene ya tres cuentas corrientes. Pronto llegará al millón, y respetable y respetada podrá retirarse a provincias, y casarse con el alcalde o el médico.

—¡No lo haré! ¡No soy una asesina a sueldo!

—La moda de los bolsos largos es muy favorable para ocultar estos instrumentos. No tendrá que empujar mucho. La hoja se deslizará fácilmente.

—¡Le denunciaré…!

—¿Sí? ¿Quién soy? Sea razonable. A las diez en punto, esta noche todo habrá terminado… para Georges Dupont o para usted. ¡Para, Germain! La señorita se apea.

Arnold Stevens reía viendo los gestos nerviosos con que Gaby Normand se miraba el anillo.

—Estás muy excitada, pequeña.

—El calor, la emoción… nuestro primer beso… Son demasiadas cosas en un mismo día, Georges.

—¿Eres feliz?

—Sí —y cerró ella los ojos. Estaban en un *taxi* que dejaba ya atrás la Concordia—. Quisiera… quisiera conocer tu estudio, y prepararte una cena. Me haría ilusión, como anticipo de nuestra

vida futura, y mañana a primera hora visitaremos al alcalde para que lo más de prisa posible nos firme la licencia.

Él aplicó sus labios en beso suave sobre la boca deliciosa.

El *taxi* se detuvo en una esquina. Bajaron, y sonrió Stevens:

—La portera es algo maniática. Será mejor que yo suba solo. Y después, procura burlarla, y si no lo consigues le das cien francos. Toma.

Poco después, Arnold Stevens abrazaba con unción el esbelto cuerpo de Gaby Normand que dejaba sobre una mesita un sombrero cuyo fieltro estaba rodeado por espesa gasa.

—¿Dónde está la cocina, Georges? —Quiso ella saber.

—Es piso de soltero que hace comidas fuera, pequeña. Tendremos que hacernos subir la cena.

—Yo que quería… ¡Soy muy feliz!

—¿Por qué lloras, entonces? Estás muy nerviosa, Gaby. No seas tontuela. Mañana visitaremos al Alcalde —dijo él, riendo.

—Hay mucha luz…

Arnold Stevens fue apagando luces, hasta dejar tan sólo una pantalla iluminada, que desparramaba un haz de rojizo resplandor.

Ella aguardaba en un rincón obscuro, y fue el cálido matiz de su voz al llamarle, lo que orientó al comandante Stevens.

La enlazó por el talle, manteniéndola separada. De pronto, emitió un sordo gemido…

En su pecho, afilado y agudo, un frío mortal penetró… Tambaleándose, quiso él aferrar la vibrátil cintura de la que acababa de apuñalarle.

Pero en ágil escorzo huyó ella, llorando histéricamente.

Arnold Stevens arañó el aire, y cayó de bruces como una masa privada de sostén vital.

Temblando como una epiléptica, ella se acertó al teléfono. Marcó el número que le había indicado el hombre del solitario, y al oír su voz al otro extremo del hilo, murmuró:

—Ya está.

—Bien. El piso en que se halla pertenece a un joven llamado Vic Tramp. Averigüe qué relaciones tiene con Georges Dupont. Hay un compañero en una vecina habitación. Le entregará un argumento para recibir a Vic Tramp. Cuando sepa la relación que hay entre ambos, abandone el piso, la aguardaré en la esquina del «Metro»

Lafayette. Doblo lo ofrecido. Podrá así retirarse donde quiera, o vivir en París como una princesa.

Gaby Normand colgó el teléfono. Cogió el sombrero, y dejó caer la gasa. Iba recuperando el dominio de sus nervios, y fue sin pestañear como empuñó la pistola que le ofrecía, un silencioso individuo que salió de una habitación vecina, desapareciendo de nuevo.

Gaby Normand corrió una cortina para no ver el cuerpo yacente del hombre que la había pedido por esposa.

CAPÍTULO IV

Representaba ya Vic Tramp, en el Conservatorio de París, obras del repertorio clásico con la mención «sobresaliente», y varias famosas compañías teatrales le habían hecho tentadoras ofertas monetarias, cuando una noche, al regresar al piso que habitaba en el Barrio Latino, la portera le anunció, escandalizada:

—¡Una señora está en su piso, *monsieur*! Por ser la primera vez, transijo, pero usted sabe que soy intolerante en este aspecto, porque el administrador me tiene terminantemente prohibido…

Con el acento zumbón del más perfecto parisiense, Vic Tramp replicó:

—A mí que me registren, señora. Usted es la verdadera culpable. Usted fue quien la dejó subir. No yo. ¿Y quién es ella?

—Me dio cien francos.

—Indudablemente, es la mejor tarjetita de visita.

Ya al detenerse ante la puerta de su departamento, un extraño aroma acarició el olfato de Vic Tramp. Un perfume que trató de analizar, mezcla de limpia lavanda y tenue fragancia de fruta tropical.

En la antesala del despacho, una mujer vestida con la fina elegancia sencilla de la parisina, cubría su rostro con un espeso velo.

Sus facciones no podían adivinarse.

—¿Usted es Vic Tramp? —preguntó ella a guisa de saludo, en voz baja.

—Suponiendo que yo lo fuera, ¿quién es usted y qué hace aquí?

—Soy la mujer que debe casarse con Georges Dupont.

—¿Sí? Mi más cálida enhorabuena. Pero ahora dígame, ¿quién es Georges Dupont? No tengo el honor de conocerle.

Sabía sobradamente que «Georges Dupont» era la caracterización francesa de su protector. Pero había ya recibido

muchas «lecciones prácticas».

—Georges me ha hablado mucho de usted.

Comprendió Vic Tramp que ella mentía. Uno de los artículos que se había estudiado, escrito de puño y letra, por Stevens, decía:

> *«Nunca, bajo ningún concepto, nos conoceremos delante de otros, ni hablaremos a nadie de nosotros mismos».*

—Hay error, señora. Nunca he conocido a ese tal Dupont.

Teatralmente, descorrió ella el cortinaje que comunicaba con el contiguo despacho.

En el suelo, tendido cuan largo era, y asomándole por el centro del pecho el ensangrentado mango de un puñal, «Georges Dupont», ojos cerrados, presentaba la característica lividez de un cadáver.

Vic iba a abalanzarse, olvidando toda prudencia, cuando percibió que la cabeza de «Georges Dupont» se movía lenta y dificultosamente, en sentido negativo.

Vic Tramp fingió encolerizarse en el colmo del asombro:

—Explíqueme inmediatamente, señora, lo que significa su presencia aquí en mi piso, junto a la de ese desconocido apuñalado. Voy a telefonear a la policía.

—No lo haga. Quería tan sólo saber si conocía a Georges Dupont.

Habló ella suavemente, mientras en su diestra enguantada, una automática de culata de nácar, apuntaba rectamente a Vic Tramp.

—Admito mi equivocación —añadió ella—. Usted ha acogido tan fríamente la visión de Georges Dupont muerto, que no me cabe ya la menor duda de que no le conoce. Ahora saldré de este piso. No intente seguirme. Dispararía. No me siga.

—No tengo la menor intención de seguirla. Pero telefonearé a la policía.

—Telefonee cuanto quiera. Adiós.

Aguardó Tramp a que la puerta se cerrara y con ello desapareciera el intenso perfume… Corrió el cerrojo.

Iba a acercarse apresuradamente al inerte «Georges Dupont», cuando tenue llegó a sus oídos la melodía «Concierto en Varsovia».

Significaba peligro. ¿Peligro? Él no veía más que al yacente, que acababa de iniciar con su modulación peculiar, los, compases de la melodía-contraseña.

Vic Tramp silbó fuertemente la misma melodía, y con pasos aparentemente despreocupados, se acercó al teléfono. Pensaba rápidamente: «Alguien más debe estar en el piso. ¿Dónde?».

Consultó su reloj de pulsera, empuñando con la otra mano el receptor telefónico. El cristal especial de su reloj, actuando como retrovisor, le devolvió aumentada, a sus espaldas, la silueta de un individuo oculto tras un cortinaje.

—¿Qué número tiene la Comisaría de Policía? —se preguntó, en voz alta, Vic Tramp—. ¿Dónde estará, ese condenado listín? ¡Maldita portera!

Al pronunciar su última exclamación, Vic Tramp, con un salvaje salto horizontal de jugador de *rugby* experimentado, se abrazó al cortinaje, enlazando una cintura.

Golpeó con todo su vigor, y el cuerpo que se resistía, se volvió fláccido repentinamente, desplomándose.

Con rapidez, lo ató Tramp con las cuerdas del cortinaje. No le miró siquiera. Arrodillóse, junto a Arnold Stevens. El aventurero respiraba roncamente, con estertores agónicos.

—Me voy, Vic. Me han acertado…

—¡No, no! Yo te arreglaré esto. No es más que una de las tantas caricias que has aguantado.

—Pero ésta es la caricia final, Vic. Vete. Déjame aquí…

—¡No me voy! Telefonearé al cirujano Bronot.

—Inútil. Sabes tan bien como yo, que no hay remedio. Te enseñé a ser tu propio médico.



...Practicaba toda clase de deportes...

Vic intentó asir el mango del puñal.

—No lo toques, Vic. Si lo quitas… entonces todo se acabará. Oye mi última lección práctica. La mujer que hace unos instantes te hablaba… no mentía en un punto. Era mi prometida. Me iba a casar con ella.

—¿Por qué, pues, no ha llamado ella a un médico?

—Porque ella ha sido la que me ha apuñalado.

—¡Dime cómo se llama!

—Déjala… a ella y a todas las mujeres. Era una espía… y yo que desde mis veinte años soy un «cazaespías»… no lo sabía y me enamoré de ella como un colegial. Vete, Vic… Te he querido como a un hijo, ¿sabes?

El aventurero hipó y una espuma sanguinolenta brotó de sus labios, coloreándolos intensamente.

—Vete. No quiero que me veas morir… ¿Lloras…? ¡Bah…! Al fin y al cabo, voy a descansar.

—Te juro… ¡padre!, mi único amigo, el hombre que he querido y respetado, que no descansaré yo hasta encontrar a los que te han herido de muerte. Y a ella… a ella la mataré con mis propias manos. Ella y su venenoso perfume.

—¿Ella…? Es un simple instrumento. Ellos, ellos…

—¿Quiénes?

—Los Cuatro Ases y su servicio secreto. Son más bien una razón comercial que vende al mejor postor…

—¿Alemanes?

—No. Las razas no importan, sino la especie humana…

—¿Y este hombre? —señaló Vic Tramp con los ojos ardientes al hombre atado, que seguía inconsciente.

—¡Bah! Otro instrumento. Déjalo. Recuerda que no debes golpear a un hombre atado. Vete, Vic… Me muero…

—¡No! —sollozó roncamente el joven.

El extraño aventurero enderezóse con dificultad en supremo esfuerzo, apoyándose sobre un codo.

—Es mi última orden. Obedéceme… No quiero morir ante ti… Que conserves siempre un buen recuerdo mío… Yo, el ágil «cazaespías»… yo… vete… vete… hijo… Te lo mando…

Sollozando sus primeras lágrimas de hombre, Vic Tramp besó febrilmente la frente de aquel hombre que se moría, y corriendo ciegamente, abandonó el piso y se perdió en las negruras de la noche parisina, con el alma destrozada y maldiciendo de la extraña asociación denominada Los Cuatro Ases, que le habían dejado de nuevo solo en el mundo, haciéndole perder para siempre al hombre que había querido y adorado secretamente con todo el cariño de un hijo.

Por las avenidas, entre parpadeos de los anuncios luminosos, los altavoces dejaban a trechos oír sus gangosas informaciones:

> *«… Eynaud declara en el Senado que Francia está en peligro inminente de invasión…».*
>
> *«… Churchill da cuenta en la Cámara de la rendición de Bélgica…».*

Era el 28 de mayo de 1940.

Pero para Vic Tramp nada existía. Ni ruidos, ni las masas de oyentes y comentaristas que se agolpaban en las aceras.

Sólo vivía en él, y vibraba con intensa amargura, la idea de su soledad infinita.

Como también por las calles, en aquella noche precursora de la invasión, había muchos transeúntes errantes y con rostro, demudado, nadie paró mientes en el joven, que por fin, agotado, se dejó caer en un banco del bosque de Bolonia.

Y en el amanecer que siguió a aquella trágica noche, mientras

los aviones surcaban constantemente el cielo, Vic Tramp tenía ya un solo propósito vital exterminar a cuantos pertenecieran a la asociación que Arnold Stevens había llamado Los Cuatro Ases.

No tenía más pista que un perfume, pero sabría tomar contacto con sus enemigos.

Cuando llegó al piso, no había la menor huella de lucha ni sangre. Habían desaparecido los cuerpos de Arnold Stevens y el desconocido. Descendió y atajó los primeros comentarios de la portera sobre la guerra:

—Esta noche he estado ausente, señora. ¿Ha habido novedad?

—Yo también estuve fuera, pero mi marido nada me dejó para usted. ¡Eh, Julot! ¿Pasó algo esta noche referente al señor Tramp?

Del interior una voz ronca, gruñona, replicó:

—Nada, absolutamente nada.

Vic Tramp se encogió de hombros y se marchó, plasmado en el semblante un rictus de dolorida amargura. «Aquella noche no había pasado absolutamente nada…».

Y desde aquel mismo instante empezó su búsqueda de un extraño perfume femenino, único, embriagador… No modificó su aspecto, ni cambió de nombre. Así tal vez entraría antes en contacto con Los Cuatro Ases y sus instrumentos de muerte.

CAPÍTULO V

Los que veían a la Marquesa de Namurs, no podían por menos de calificarla de «antigualla inquietante», basándose para su apreciación en el atuendo de la anciana y en la negrura malévola de dos ojos brillantes que como ascuas iluminaban con extraño fulgor los rasgos apergaminados de momia, y hacían resaltar la blancura nívea del cabello, que era uno de los orgullos de la noble francesa.

El gerente del Hotel Crillon, apto tras muchos años de gerencia en el mejor hotel de París, para desempeñar cualquier cargo diplomático, no estaba nunca a gusto cuando apercibía a la anciana marquesa.

Tenía que recurrir a toda su flexibilidad para resistir con obsequiosa sonrisa a las exigencias de la anciana.

Aquella cálida mañana de primeros de julio de 1940, la marquesa de Namurs, acompañada de su inseparable factótum, un robusto sesentón, que era su mayordomo en el castillo provinciano, se acercó al mostrador.

—Buenos días, señora marquesa —sonrió el gerente, haciendo una reverencia muy *vieux-style*—. Espléndida mañana veraniega.

—Buenos días, gerente —replicó ella, con cascada voz autoritaria—. ¿Entra en sus obligaciones ser el boletín meteorológico parlante?

No sabiendo qué contestar, el gerente optó por sonreír con humilde mueca conejil.

—¿Quién ocupa la *suite* vecina a la mía? —interrogó, ásperamente, la marquesa.

—Los departamentos trece y catorce los ocupa el pintor argentino, señor Álvaro Redón.

—Un meteco —profirió, despectiva, la anciana—. Francia es de todo el mundo, menos de los franceses. Vergonzoso. Indíquele al sudamericano ése, que por la noche yo duermo cuando el insomnio

me lo permite, y que no estoy dispuesta a soportar sus exuberancias de meridional.

—¿Tiene, la señora marquesa, queja del señor Redón?

—¿Queja? —Y la máscara momificada donde ardían los juveniles ojos negros, adoptó una expresión sarcástica al tomar por testigo a su mayordomo—. Gustavo, informa al gerente de la escandalosa conducta del pintor. Y usted, gerente, tomará las, pertinentes medidas, o desprestigiaré el «Crillon» entre mis amistades.

La marquesa se alejó con majestuoso empaque, apoyándose en su bastón negro de puño de plata.

El mayordomo Gustavo, elevando las cejas y sin mover ningún Otro músculo facial, deslizó, por entre sus labios un resumen de los hechos qué indignaban a la señora marquesa de Namurs:

—Durante tres noches consecutivas, en que casualmente las sirenas de alarma no han sonado, el señor pintor, con dos modelos y otro caballero, han alborotado excesivamente. Rotura de cristales, música en alto diapasón, y carcajadas femeninas. Éste es mi informe, señor.

Y aun con más prosopopeya que la poseedora del título, Gustavo abandonó el mostrador para reunirse con su señora, mientras el gerente barajaba la dificultad que suponía coordinar el insomnio de la marquesa con la moderación de los ímpetus de pintor tan generoso y excéntrico.

Francia entera estaba conmovida, humillada y herida en su amor propio, por la presencia de tropas alemanas en su capital. Por ello, aún reciente la ocupación, eran pocos los semblantes que ostentasen sincera alegría…

Y por esta misma razón, resaltaba más el buen humor de que daban muestras las tres personas que descendían por la escalinata que unía el amplio vestíbulo con el primer rellano de habitaciones.

Álvaro Redón, engominado, atildado y siempre luciendo, además de una gardenia en el ojal, una sonrisa esplendente de blancura, se acercó al mostrador, flanqueado a cada costado por una mujer, que se enlazaba a su brazo.

Marisa Ambra y Gaby Normand, sus dos modelos, eran encarnaciones del arte de vestir lo mínimo con él máximo efecto.

—Hola, viejo —saludó el pintor al gerente. Hablaba un francés

poblado de argot parisiense, y deslizaba de vez en cuando palabras argentinas—. Estoy intrigadísimo. Y tú me aclararás el misterio. ¿Quién es la dueña de dos carbunclos por ojos y rasgos de momia egipcia?, que ocupa la habitación vecina a la mía. ¿Cuánto me pediría para posar?

—Es la señora marquesa de Namurs, señor —indicó el gerente irguiéndose, como ofendido ante la posibilidad de que la marquesa pudiera ser una modelo—. Acompañada por su mayordomo, ha venido a realizar compras. Posee un castillo en la provincia.

—¡Fenómeno, che! —exclamó Redón—. ¡Qué cuadro! Oye, viejo ¿cómo podría yo ser presentado a la marquesa?

—La señora marquesa es difícilmente abordable, señor.

—Paciencia, Álvaro —intervino, suavemente, la modelo francesa Gaby Normand—. Ya sabes que el «Crillon» ha convertido en refugios su espaciosa bodega. Dividida en compartimientos, el «A» reunirá a los ocupantes del primer rellano derecho. Y así…

—Bien. Esperaré. Confío en que pronto vendrán a bombardear París.

Se alejó el pintor, dejando tras él, una estela de perfumes, y masculinas miradas prendidas en el contoneo de sus esculturales compañeras.

—Bárbaros productos de la refinada civilización —comentó en excelente francés un individuo pequeñito, tomando por testigo a un envarado sujeto, sentado junto a él, en los confortables sillones del vestíbulo del hotel—. Este caballero moreno no posee la más elemental discreción y delicadeza. Francia está de luto, y en los velatorios, los que no son de la familia, deben al menos tener circunspección.

El que hablaba era repulsivo. Su ancho rostro semejaba el de un sapo. Su cuello, tendinoso y corto, recordaba la piel arrugada de una tortuga.

Oske Hitsu, agregado comercial de la Embajada japonesa en París, no había sido favorecido por la Naturaleza.

—La cortesía oriental, amigo mío, es producto refinado de milenios de civilización. Perdone usted a la bárbara juventud de una nación nueva —dijo el pianista austríaco Arthur Forster, magro, nervioso, de cara afilada—. Los argentinos, y en general todos los americanos, cuando pisan Europa, me recuerdan elefantes en una

tienda de porcelanas.

—Lo lamentable es que en caso de bombardeo compartirá con nosotros el refugio… Aquel joven que tiene prestancia de dios griego vestido por excelente sastre, ¿no es amigo del pintor?

—Sí. Es un caballero de raza indefinible. Se ha alojado en el «Crillon» anteayer. Creo que es bailarín de la Opera. Se llama Víctor Tramp. Debe ser australiano o canadiense.

En la sala de desayunos, la marquesa repiqueteó con su bastón. Gustavo, que estaba junto a los camareros, se aproximó.

—Aquel joven, Gustavo. ¿No es el conde de Mornay? ¿O el duque de Rouvigny?

—Con el permiso de la señora marquesa, lamento comunicar que el indicado caballero se llama Víctor Tramp, y es amigo de…

—¡Ah, ah! Es el alborotador nocherniego. ¡Llámele y que venga! He dicho que le llame, Gustavo.

El mayordomo deslizóse hasta junto a la mesita en que acababa de sentarse Vic Tramp.

Éste le miró interrogante. Gustavo tosió…

—¿Señor…?

—Usted dirá.

—La señora marquesa de Namurs, mi señora, estaría complacida con da presentación del señor.

Vic Tramp se levantó, acercándose a la mesita ocupada por la anciana, que le miró despaciosamente, repiqueteando con su bastón.

—El señor Vic Tramp, señora marquesa —anunció Gustavo, batiéndose en retirada hacia el trinchante.

La correcta inclinación del joven, rozando con sus labios la diestra que imperiosamente tendía ella, fue un tanto a su favor.

—Siéntese joven. Puede desayunar en mi presencia. ¿Qué edad tiene usted, joven? ¿Veintidós? Yo tengo ochenta. ¿Qué tal duerme usted? Seguramente como un lirón. Yo no… ¿Le gusta divertirse por las noches? No conteste. La respuesta la sufro yo hace tres noches seguidas. También yo fui joven, aunque no lo parezca. Es lástima que con su aspecto pretenda usted convertirse en mi enemigo. No sonría así… Tal vez esas «corifeas» qué acompañan a su amigo pintor, le juzgarán irresistible viéndole sonreír con tan amable expresión, pero a mí no me seduce usted. Le llamé porque por su

aspecto me parece usted un caballero. ¿Me engaño? ¿Dónde le he visto antes? Se le enfría el café, joven. ¡Gustavo! Sírvele al señor uno de mis *croissants*. ¿No me has oído? Se está haciendo viejo, y es algo duro de oído. Bueno, diga algo. Estoy esperando.

—Señora, respetuosamente le pido mil excusas. Si hubiese sabido que mis nocturnas bacanales, dificultaban el sueño de tan encantadora dama, me habría guardado muy bien…

—Lo que me temía —interrumpió ella—. Un adulador simpático. ¡Joven! Use su malvada influencia para evitar que el pintor vuelva a confundir las habitaciones del «Crillon», donde me alojo, con un reservado del «Tabarín». Este *croissant* es de mi pastelero. Cruje deliciosamente. Yo le he visto a usted antes de ahora, joven.

—Posiblemente en el Conservatorio o en la Opera. Me ejercitó como actor y como bailarín.

—¡Santo cielo! ¡Espero que no será usted un ruso descendiente de un príncipe que es chofer de «taxi»! Bien, tendrá usted sus quehaceres. Ya nos conocemos… y no me disgusta usted, joven.

En pie, él volvió a besar la piel arrugada de la diestra ofrecida.

—Soy su devoto servidor, señora marquesa.

Gustavo se acercó a recoger el servicio. Inclinó el busto, ladeado el rostro con expresión respetuosa, al decir ella:

—Este muchacho tiene sangre noble, Gustavo. Y no me refiero a la azul, porque, la detesto. Me refiero a que es un buen caballero. Esta noche dormiré bien, Gustavo.

Pero a las once menos cuarto, cuando aun había muchos huéspedes cenando, el hotel «Crillon» tembló.

A lo lejos resonó una sorda explosión, mientras las sirenas antiaéreas desgarraban la atmósfera con su agudo lamento…

—Gustavo. Ha llegado el temible momento en que me veré forzada a promiscuidad con los ocupantes del compartimiento «A». Dame el brazo, Gustavo.

La espaciosa bodega del «Crillon» que databa del año 1567, tenía gran profundidad y unas bóvedas construidas en grosor y solidez dignas de una época en que la lentitud imperaba, pero en que los artesanos trabajaban con la seguridad de que todo debía hacerse con miras a un futuro de siglos.

El compartimiento «A» era el destinado a los mostos de la cepa «Chateau Yquem». Los toneles y polvorientos frascos quedaban

ocultos tras un tabique levantado con rapidez.

La arquitectura de cada compartimiento estaba formada por muros de recia madera, constituyendo en total treinta compartimientos aislados entre sí, y dotados de sillones, diván, mesitas… La gerencia los había dispuesto y amueblado así para casos de bombardeo, convirtiendo en refugios los espacios destinados a la clasificación de vinos.

El gerente procedió a cumplir su obligación. Cuantos ocupaban el compartimiento «A» no habían sido presentados entre sí.

La marquesa estaba sentada en el diván; tras ella, en pie, Gustavo, con pétrea impasibilidad, miraba a lo lejos como si pudiera atravesar el muro de madera. En pie los hombres, acogieron con alivio la llegada del gerente.

—Señora marquesa —dijo, con empaque, el gerente—. Permítame presentarle a la señora Cora Robin, las señoritas Marisa Ambra y Gaby Normand. Los señores Arthur Forster, Oske Hitsu, Álvaro Redón y Víctor Tramp. Señora marquesa Adelaide de Namurs, condesa de Vernon, baronesa del…

—Gracias, gerente. Puede retirarse. Siéntense, caballeros. Ya conozco al joven Víctor Tramp. Señora Robin…, ¿me engaño si creo haberla visto en alguna reunión?

Cora Robin, rubia, llamativa con distinción, actriz que al enviudar se había retirado, famosísima y considerada poseedora de un encanto fatal para todos sus adoradores, que eran legión, sonrió:

—Es muy posible, señora marquesa. Pero como usted, no recuerdo.

Sonaron unos golpes en la puerta. Al abrirla Vic Tramp, se oyeron sordamente los estallidos de las explosiones… Los negros ojos de la marquesa miraron malignamente al que acababa de entrar.

Un hercúleo individuo de nuca recta, tórax abombado, que pese al traje de paisano, no podía ocultar su condición de militar.

Hizo chocar los tacones. Y en francés gutural, anunció:

—Excusen mi presencia. Debo atenerme al reglamento. Soy Rudolf Von Printzchofen, comandante de las Divisiones Blindadas.

—Entonces, ya sabrá quiénes somos, comandante —dijo la marquesa—. ¿Me engaño al suponerle prusiano, comandante? No, no me engaño. Lo que me confunde es verle aquí.

—Ocupo la habitación número 18. Estoy convaleciente de grave herida. Me interesa quede constancia, señora marquesa, de que soy un militar que cumple órdenes y…

—Dejemos las hostilidades para los combatientes, comandante. Haga amistad con el señor pintor Redón. A él también le encantan los ruidos.

Parpadeó la luz, se convirtió en oscilación foja, y por fin se apagó. Reinó la obscuridad más absoluta. Sonó un chasquido…

Un tenue grito angustioso escapó de una garganta femenina. Otra mujer, rió nerviosamente.

Dos encendedores trataron, de prestar un poco de luz. Seguían oyéndose las detonaciones de los cañones antiaéreos…

—¡Gustavo! —Sonó, imperiosa, la cascada voz—. ¿Qué haces, estúpido, que no traes candelabros?

Pero la luz brotó de nuevo, inundando el compartimiento. Un tenso silencio se hizo palpable, con ominoso significado.

En el suelo, de bruces, la bonita y delicada Gaby Normand, modelo, de pintores, no se movía.

En la espalda, que el vestido de noche dejaba desnuda sobresalía el mango de un largo estilete, semejando el tallo invertido de una rosa roja que iba agrandándose…

CAPÍTULO VI

El temporal azotaba los acantilados del dentado litoral de la islita que, observada desde gran altura, apenas era visible en la inmensidad líquida del océano.

Alguna, vez, un avión en vuelo bajo, había pasado por encima de la deshabitada isla. Habían visto los pasajeros las ruinas del que fuera, en tiempos de Juana de Arco, castillo de normandos, que en sus expediciones guerreras tanto asolaban la costa inglesa de Dover, como la francesa de Calais y Bretaña, según las rivalidades de los reyes asentados en los tronos de las dos naciones enemigas.

También podían ver los pasajeros que la vegetación había crecido entre los riscos, invadiendo los muros y casi formando un techo natural entre arcadas, almenas y torreones derruidos.

El avión seguía su vuelo, y las naves su rumbo.

Ninguna de ellas buscaba refugio en, la abandonada isla.

Un cuervo, revoloteando, fue a posarse sobre una almena. Y vio lo que no podían ver los viajeros del aire ni los del mar.

Entre cuatro grandes columnas circulares, cuyo diámetro se aproximaba a los dos metros, abríase un amplio espacio, ocupado por un conjunto de detonantes muebles.

Un radio sobre mueble-licorera, cuatro sillones, cuatro sillas y una mesa larga, cubierta por tapete verde.

Las brechas del muro que circundaba las cuatro, columnas, estaban cerradas por tupida vegetación.

Una vivísima luz procedente de un arco voltaico, desparramaba blancura sobre la mesa cubierta por tapete verde, a cuyo alrededor se sentaban cuatro personas.

Las cuatro tenían el rostro invisible y sombreado por larga visera de las empleadas en Norteamérica por los jugadores profesionales de *poker*.

Tres hombres y una mujer.

Hablaban inglés. Los tres vestían *smoking*. Ella, una creación parisina de modisto famoso. Una especie de túnica que drapeaba el cuerpo estatuario, que habría enloquecido a un artista.

—Paso —anunció uno de ellos, depositando ante él las cinco cartas.

—Abro —dijo ella, empujando cinco fichas azules hacia el centro.

—No quiero —manifestó otro.

—Envido, mi querida amiga —declaró el cuarto jugador, empujando el montón de fichas que ante sí tenía.

Descartaron. Y ella presentó un *poker* de sotas. El jugador perdidoso extendió su *ful* de reyes.

—Las monarquías sucumben ante el impulso de los lacayos. Afortunada en amores y en el juego es excesivo, Cora.

—Alto el juego —dijo otro—. Concretemos, Cora.

—Sí, porque a las once tengo que regresar a Italia —dijo el cuarto jugador.

—Me complace poder deciros que ya podéis actuar sin el recelo que os inspiraba Arnold Stevens. Era un hombre encantador, pero no le perdoné nunca que nos calificara, a nosotros cuatro, de malos actores.

—Pretendía que nosotros, Los Cuatro Ases, que tenemos en el puño todos los hilos de las marionetas, que son los poderes internacionales…, estábamos embriagados de orgullo.

—Pero nunca supo descubrir nuestra sala de juego.

—Continúa, Cora. ¿Cómo lo lograste?

—Gaby Normand. Una modelo deliciosa. Frescura de juventud, ojos de violeta, romántica boca… Arnold se enamoró de ella. Me reí a gusto cuando Gaby me anunció que Arnold le había pedido que fuera su esposa. Ella le mató en el piso de un joven llamado Vic Tramp…

—¿Quién es ése?

—Tendría Stevens la llave del piso. Porque Gaby estaba segura de que él no era conocido de Tramp. Naturalmente, Tramp no conoce tampoco a Gaby Normand.

—Bien, Cora. Eres la mejor de nosotros cuatro.

—Al menos la más bonita —rió uno de ellos—. Entonces, ¿es preciso que esté en París contigo, Cora?

—Muy preciso. Los alemanes no tardarán en desfilar por los Campos Elíseos. Nuestras cuentas corrientes pueden aumentar considerablemente, porque se presentarán muchas ocasiones de vender informes al mejor postor.

—No ha existido en la historia mundial asociación más inteligente que la nuestra desde el punto de vista comercial. Prescindir de nacionalidades, patria y sentimientos, es la virtud primordial para enriquecerse. Y esto nos da la máxima fuerza. Los Cuatro Ases no están a merced de delaciones patrióticas. Sólo Arnold Stevens, el solitario cazador, pudo pisamos las huellas…

—Arnold Stevens descansa en paz —dijo Cora, que al igual que los otros tres habíase quitado la visera.

Encendió un cigarrillo en el encendedor que en pie le ofrecía un atlético individuo, en cuyo meñique, destellaba un solitario engarzado en platino labrado.

—Está muerta —dijo Oske Hitsu, que arrodillado sostenía entre sus dedos la muñeca de Gaby Normand.

En el meñique del japonés destellaba un solitario engarzado en platina, labrado…

Rudolf Von Printzchofen chocó los tacones.

—¡Es deplorable tener que asegurar que la puerta no se abrió, señoras y caballeros!

—¡Horrible! —exclamó la marquesa, dando un fuerte conterazo con el bastón en el suelo—. En mis tiempos… Oiga, pintor, consuele a la señorita Marisa. Su llanto, aunque muy natural, me crispa los nervios. Me agrada su serenidad, señora Robin. Somos las dos únicas personas que conservamos el ánimo. ¿Qué estaba usted diciendo, Von Printzhavan?

—¡Rudolf Von Printzchofen, señora marquesa! He dicho que la puerta no se abrió, mientras duró el cortocircuito. Yo tenía las espaldas apoyadas en ella.

Álvaro Redón, demudado el semblante, se irguió despertando del estupor con que contemplaba a la muerta. Su voz casi tuvo matices femeninos al chillar:

—¿Quién la mató? ¿Y por qué? ¿Quién la mató…?

El puño derecho de Vic Tramp partió en veloz trayectoria. Alcanzado en la punta del mentón, Álvaro Redón cayó entre los brazos del pianista Arthur Forster…

—Ataque nervioso —dijo Vic Tramp—. Tuve que hacerlo…

—Todos estamos con los nervios como cuerdas de violín —dijo Oske Hitsu—. Hizo bien, señor. Yo no tengo aficiones policíacas, pero es un axioma que esta señorita ha sido apuñalada, y según la afirmación del comandante, nadie entró.

—Las sirenas —dijo el pianista—. Ha acabado el bombardea o la presencia de aviones. Yo sugiero que dejemos en manos del gerente…

—¡Ah, no, ah, no! —protestó, enérgicamente, la marquesa—. ¡Aquí han matado a esta pobre criatura! Un crimen sin perdón, porque era bonita y joven. Y está clara la delicada insinuación de Von Printzchefer…

—Rudolf Von Printzchofen, señora marquesa de Norval.

La anciana miró con repentino interés al prusiano.

—Vaya, es usted capaz de humorismo, comandante. Sabe perfectamente que mi título es Namurs. Dejemos para más tarde los duelos verbales. Uno de nosotros tenía un estilete. Uno de nosotros lo ha empleado para matar a esta chiquilla. La policía francesa, en estos días, está bajo la tutela de la Gestapo. Por tanto, usted, comandante, puede iniciar cuantos interrogatorios se le antojen.

—Yo no soy de la Gestapo. Me limitaré a informar a las autoridades. Las dos personas que estaban más cerca de la señorita Normand, eran…

—¡Yo…! ¡Yo era una de ellas! —gritó Marisa Ambra.

—Calma, calma —repiqueteó en el suelo la anciana—. La chiquilla estaba casi delante de mis pies…

—Yo aludía al señor pianista —dijo secamente el prusiano.

Álvaro Redón, recuperando el sentido, miró con rencor a Vic Tramp, que le sostenía por los hombros…

—Perdone, pero iba usted a agredir a alguien, Álvaro. Preferí evitarlo.

Oske Hitsu señaló al mayordomo, que seguía impasible.

—¿Puede su criado avisar al gerente, señora marquesa?

—No es preciso —intervino Von Printzchofen—. En el hotel hay un miembro de la Gestapo. Voy a buscarlo.

Salió el prusiano. Los histéricos sollozos de Marisa Ambra se iban calmando. Álvaro Redón la acariciaba los cabellos.

—¡Gustavo! Tú sabes quién la ha matado ¿no?

Gustavo inclinó solemnemente la cabeza.

—Sí, señora marquesa.

Todos miraron con asombro al mayordomo. Von Printzchofen entró acompañado de un individuo que parecía un profesor o un erudito.

Era un hombre de pequeña estatura, pelo canoso, lentes de miope, caspa en los hombros de la americana, y de gestos casi tímidos.

—Otto Mayer, señoras y caballeros. Le he explicado ya lo sucedido. Puedo afirmar que Otto Mayer es considerado uno de los mejores cerebros del Reich —dijo Von Printzchofen.

—Pobre Alemania —suspiró la marquesa, mirando con lástima al recién llegado—. Pero en fin, si usted es un brillante cerebro, empiece a hacer todas las tonterías de mal gusto necesarias para llegar a la detención del criminal.

—¡Un momento! —exclamó Arthur Forster—. La señora marquesa acaba de decirnos que su mayordomo sabe quién es el asesino.

—¿Le viste, Gustavo?

—Sí, señora marquesa.

—Tengo que hacer constar, Mayer —dijo el prusiano—, que el hecho ocurrió estando esta sala en completa negrura.

—Gustavo es nictálope. Ve mejor de noche que de día. Fue uno de los motivos de elegirle como mayordomo.

Repentinamente, las luces se apagaron. Oyéronse forcejeos, gemidos, exclamaciones varoniles…

Cuando casi inmediatamente las luces se encendieron, todos miraron con desorbitados ojos al suelo…

Pero sólo Gaby Normand, muerta, permanecía de bruces…

—¡Usted apagó la luz! —gritó Álvaro Redón, acusador, señalando a Gustavo que estaba junto al conmutador.

—¿Dónde está Marisa? —preguntó Vic Tramp.

Corrió Otto Mayer a la puerta. La ancha galería que corría a lo largo de los compartimientos de la enorme bodega, estaba vacía…

—Habla, Gustavo.

—Con el permiso de la señora marquesa, me permito indicar que la señorita Marisa, al apagarse por primera vez las luces, extrajo un estilete del cinto plateado que llevaba. El estilete estaba colocado

horizontalmente en el interior del cinto, y el abultamiento era disimulado por flores…

—Ya sabemos que eres listo, Gustavo. Y que lees novelas policíacas. ¿La viste huir?

—El señor Forster apagó la luz, y su mano llegó antes al conmutador que la del señor Hitsu. Ambos estaban junto al conmutador…

—Cierto —reconoció el pianista, cuyas palabras iba recalcando con cabezaditas de aprobación el japonés—. Lo hice porque tuve de pronto la seguridad de que, aprovechando lo que creería un cortocircuito, el culpable huiría, y no le sería difícil al de la Gestapo darle captura.

Álvaro Redón, anonadado, se tambaleó, asiéndose al borde del sillón…

—Si eran íntimas y excelentes amigas —dijo, confuso, balbuceando.

—Gustavo. Dame el brazo. Creo que esta noche podré dormir. ¿Hay inconveniente en que una francesa se dirija a su alcoba en un hotel francés, Von Printzchofen?

—Otto Mayer está ya encargado de este desagradable asunto, señora marquesa. Muy buenas noches.

Quedaron en la sala, al ir saliendo sucesivamente todos, Cora Robin y Vic Tramp.

Un aroma, mezcla de lavanda y fruta, fue insinuándose a medida que el compartimiento era desalojado…

—Pobre muchacha —dijo ella—. Un crimen siempre es impresionante, pero aun más cuando la víctima es tan delicadamente preciosa.

—Resulta extraño que su compañera eligiera un momento tan inoportuno y peligroso para cometer el crimen.

—Marisa ignoraba que el mayordomo era nictálope.

—Nunca bebo, pero me sentaría bien un tónico. ¿Me permite, señora, que disfrute del privilegio de su compañía en el bar?

Cora Robín miró con agrado al joven. Sonrió:

—Esta pobre muchacha aquí sola, es representación del estado actual del mundo egoísta y convertido en insensible. Será pueril, pero considero mi deber esperar aquí al policía alemán.

—Entonces, consienta que le imponga mi compañía.

—Muy grata.

Estaban junto a la puerta abierta. Rudolf Von Printzchofen descendía las escaleras comunicantes con la sala de los montacargas… Le acompañaba Otto Mayer.

—Huyó —dijo el policía—. Pero siguen su pista, varios hombres de mi servicio. Buenas noches, señora. Buenas noches, caballero. Mañana a las diez, me veré obligado a molestarles en reunión general de cuantos estuvieron en este compartimiento.

En el bar, Cora Robin, tras unos instantes de charla trivial, retiróse. Vic Tramp subió poco después al rellano donde ocupaba la habitación núm. 15.

Se había alojado en el Hotel «Crillon», porque cierto, día siguió la estela del perfume que dejaba tras sí Gaby Normand.

El mismo perfume que usaba también Marisa Ambra. Tenía que encontrar a Marisa Ambra. Era su único punto de relación con Los Cuatro Ases.

Y recordó de pronto el susurro con el que, dos noches antes, mientras Gaby Normand y Álvaro Redón estaban en un rincón de la habitación número 13, cambiando un disco, le había dicho Marisa Ambra:

«Cuando estoy fatigada, aburrida, y ansío paz, me recluyo en una casita cuya dirección a nadie doy. Cuando usted no sepa dónde estoy, puede verme en el número 44, Avenida del Parque. Muy cerca del hipódromo de Auteuil. Pero… amistosamente, nada más. No vaya a creer otra cosa».

Él había sonreído, besando suavemente el satinado dorso de la diestra de la modelo italiana.

Abandonó ahora el hotel. Un *taxi* pasaba. Lo llamó, y cuando ya estaba dentro, indicó:

—44, Avenida del Parque, junto al hipódromo de Auteuil.

El chófer se tocó el borde de la visera, y pisó el acelerador. En la acera, Otto Mayer, surgiendo del hotel, hizo un gesto con el mentón. Un automóvil se puso en marcha…

Ocupado por tres individuos, siguió al *taxi*…

El chófer del *taxi* ladeó la cabeza, después de mirar por el retrovisor.

—¿Puedo girar por el puente de Grenelle, patrón?

—No hay inconveniente —contestó Vic Tramp.

Al cabo de cinco minutos, el chófer dijo:

—Lo siento, patrón. Pero seguirá usted a pie.

—¿Se refiere al coche que nos ha estado siguiendo?

—Exacto. Son alemanes. Y no quiero líos con la Gestapo.

—Muy razonablemente. Tome.

—Gracias, patrón. Usted se hará cargo, ¿verdad? Tengo mujer y tres retoños. No fui a la guerra por mis cincuenta años, pero me bastó con la del 14. Suerte, patrón.

Se apeó Vic Tramp y, sin mirar atrás, se encaminó hacia la Avenida del Parque.

Sabía que tres hombres le seguían con bastante discreción. Lo que le interesaba era verse con Marisa…

Sólo ella podría decirle la causa de su extraño acto criminal. Y sólo ella podría servirle de guía en el obscuro laberinto de la muerte de Arnold Stevens, vencido en su lucha contra Los Cuatro Ases.

CAPÍTULO VII

Marisa Ambra dejó de parecer una fierecilla acosada, cuando, cerrando la puerta, permaneció apoyada contra ella en la tranquila soledad de la casita apenas amueblada, en la que, de vez en cuando, venía a tratar de sumergirse en un benéfico olvido.

Como fogonazos se plasmaban en su mente los últimos acontecimientos, que se habían desarrollado a un ritmo vertiginoso.

Arrancaba su evocación desde el instante en que el mayordomo, allá en el refugio, había afirmado su conocimiento del culpable.

Después, el oportuno y segundo apagón. Su veloz carrera hacia la salida de la bodega. Su difícil contención del impulso que la exigía seguir corriendo, mientras atravesaba con paso normal el vestíbulo.

Por último, su rápido descenso de las escaleras de la estación del metropolitano. No llamó la atención en el desquiciado ambiente nocturno de los primeros tiempos anormales del París ocupado.

Y ahora estaba a salvo. Tenía que huir de París. ¿Cómo? ¿Y por qué medios? Se decía que los alemanes habían establecido, con su popular rapidez de organización, una barrera infranqueable.

Cesó su corazón de martillearle él costado. Fue respirando normalmente, y atravesó la única sala que era comedor, *living* y cocina en una sola pieza, con diván-cama.

Unas escaleritas conducían al desván, repleto de cachivaches almacenados bajo el puntiagudo y triangular techo.

Se dejó caer en el diván, pensando con amargura que todo había empezado por un simple e inofensivo comentario acerca de un anillo de platino labrado, engarzando un solitario valiosísimo, de facetas irisadas que despedían fulgores.

Estremeciéndose, miró a su alrededor. No había sido más que su propio temor el que le había hecho creer en un ruido cercano.

Allí estaba a salvo. Nadie la había seguido, ni nadie podía saber

que tenía aquel pequeño refugio, como llamaba ella a aquella casita. Ni lo sabía Álvaro Redón.

Así decía la pequeña placa sobre la puerta: «Petit refuge».

Se irguió repentinamente, quedando cómo galvanizada. Claramente, habían llamado a la puerta.

Tembló escalofriada. Le parecía como si por su espalda corriera un chorro de agua helada.

Primero había sido un golpe breve, seco. Después, dos más espaciados. Y de nuevo, otro golpe breve, seguido por tres espaciados.

«La señal —pensó, incapaz de moverse—. ¿A quién le habré dado yo esta señal?».

Y súbitamente recordó al juvenil atleta, de rostro helénico, con sonrisa amable de niño que ha crecido de prisa.

Sintióse casi confortada. Si había en todo el mundo una sola persona en la cual, en aquellos instantes de angustia, quería y podía confiar, sólo podía ser Víctor Tramp.

Corrió hacia la puerta, que abrió. Hasta entonces, Víctor Tramp no había tenido con ella más que amables atenciones.

Confusa sin atinar a resistirse, se encontró abrazada en el marco abierto de la puerta. Recibió las apasionadas caricias, completamente pasiva y aturdida.

Devolvían sus labios tiernos los besos, cuando él la hizo entrar, empujando la puerta con el pie, y cerrándola luego con el cerrojo de seguridad.

Después, se tocó los labios con el índice, señaló hacia fuera con el pulgar y volvió a tocarse los labios. La ancha sala que ocupaba todo el espacio de la construcción, tenía dos ventanas, pero ahora, no permitían la visión desde fuera, por estar cerrados los postigos.

Estaban en el centro de la habitación, y seguía ella sin comprender aquel primer arrebato pasional.

En voz baja, dijo él:

—Me han seguido tres hombres de la Gestapo. No temas. Ni te seguían a ti, ni seguramente imaginan que eres tú la mujer que otros están buscando. Ya sabes que la idea de los alemanes es que en París lo principal es el amor. Pensarán que he acudido a cita de amor. Abriré las contraventanas, para que no se les ocurra entrar. Quédate en este rincón. No verán de ti más que la silueta de una

bella mujer.

Dirigióse hacia una ventana, abriendo los batientes de madera. Regresó, sentándose en el diván.

Marisa Ambra le miraba con anhelo. Obedeció rápidamente al gesto masculino y se sentó en las rodillas del que murmuró:

—Apoyada así tu cabeza en mi pecho, se confirmarán en la idea de que he acudido a amoríos. Yo puedo ayudarte, y lo sabes, Marisa. Nos conocemos hace apenas cinco días, pero sabes que puedo ayudarte.

—No podré escapar, Víctor. Tengo miedo, y estoy sola. Sola en París, donde hoy la vigilancia es mayor que nunca. A estas horas, los alemanes tendrán ya mi ficha. Pero menos les temo a ellos que al…, al hombre del anillo.

—Atiende a mi consejo, Marisa. Cálmate y confía en mí. Tenemos tiempo. Los tres que me siguieron esperarán pacientemente a que abandone esta casa. Si eres sincera conmigo, podré ayudarte.

Desde el exterior, a través de la ventana a la que el diván volvía la espalda, se veía la pareja enlazada, y el collar de los blancos brazos alrededor del cuello del joven que había entrado.

Marisa Ambra susurró:

—Yo no maté a Gaby…

—¿Por qué huistés, entonces?

—Porque tuve repentinamente miedo. Sabía que quien había matado a Gaby no vacilaría en acusarme a mí.

—¿Por qué?

—Tendré que explicarte todo…

—Así será mejor. Yo he venido a ayudarte, Marisa. Sabes que te cogí afecto…

Ella, mansamente, lloró en silencio. Por fin, fue hablando:

—Hace tres años huí de Milán. Vine a París, donde alternando trabajos de maniquí de modas, y poses para pintores y escultores, logré ganar dinero. Conocí a Gaby Normand. Ella hacía lo mismo que yo.

—Responde a cuanto te pregunte. ¿Quién te aconsejó emplearas este perfume que llevas?

—Me dio Gaby un frasco. Fue hace poco. Unos meses. Acababa de conocer a un francés llamado Dupont, hombre ya maduro, que al

parecer estaba perdidamente enamorado de ella.

Vic Tramp parecía ensimismado en el deleite físico del abrazo. En el jardincito exterior, uno de los tres policías susurró:

—¿Por qué abriría la contraventana?

—Para saber cuándo amanece —rió uno de ellos, groseramente —. O también se sintió perseguido y quiso que le dejáramos libre de arrullarse. ¡Estos franceses sólo piensan en el amor! Míralos… Se estarán diciendo toda esa sarta de tonterías que decimos cuando tenemos entre los brazos a una chica guapa…

Marisa Ambra proseguía:

—De pronto, cierta noche, Gaby Normand regresó inesperadamente al pisito que juntas ocupábamos. La vi nerviosa. Bebió en exceso, y me explicó que acababa de matar a su novio.

El estremecimiento de Marisa fue hondo, Se enronqueció su voz:

—Yo también había huido de Italia por la misma razón. Mi novio no quiso cumplir su promesa de casarse conmigo… Yo consolé a Gaby diciéndole que yo también había hecho algo semejante a lo que acababa de hacer. Pero entonces ella dijo que lo había matado obedeciendo a un hombre que no conocía. Un hombre que, misteriosamente, sabía que ella había entregado informes a los alemanes. Y que ella, ante el temor de ser delatada a los franceses, que la habrían fusilado, aceptó lo que le imponía el misterioso individuo. Y por eso mató a Georges Dupont.

—¿Quién era ese hombre que la obligó a matar?

—Dijo que no le había visto el rostro. Que era un hombre que la había citado por vez primera en el interior de un automóvil. El interior estaba a obscuras…, y ella sólo pudo ver un anillo labrado en platino con un solitario.

—Ese anillo lo lleva en el meñique el japonés Hitsu.

—Sí, pero no es él. Esto es lo más extraño…

—¿Cómo sabes tú…?

—Déjame explicarte. Pasaron los días desde que Gaby y yo nos confesamos nuestros secretos. Y sabes lo que sucede cuando dos chicas solas, sin familia y que se aprecian, beben un poco más de la cuenta… Entonces, conocimos a Álvaro Redón. Buscaba dos modelos para un cuadro, y nos contrató. Nos alojó en el «Crillon» porque decía que la inspiración le acometía de súbito, y nos quería tener cerca.

Ella suspiró, porque hallaba alivio en confesar lo que le atormentaba. Prosiguió:

—Aun no te había conocido, cuando cierta noche en que Álvaro y Gaby estaban trabajando, y él sólo la necesitaba a ella para la pose, entró en mi cuarto, el que ocupaba en el «Crillon» con Gaby, un individuo. Era alto, fuerte y se embozaba en una capa de esas que algunos caballeros llevan con el *smoking*. No le podía ver el rostro totalmente oculto por el embozo y el ala del fieltro negro. Su voz estaba ensordecida por la tela. Hablaba autoritariamente. Me dijo que si gritaba, sería mi último grito. Que sabía que la policía italiana me buscaba inútilmente por Milán. Que podía delatarme. Que no lo haría, si yo le obedecía. Exclamé que yo no mataría… No sé si aquel individuo lo sabía por Gaby, o tenía información de cuanto deseaba. Me ordenó algo extraño. Que fuese al «Tabarín» y procurase entrar en relaciones con un oficial francés, aquella misma noche. Que debía hacerme amiga suya. Lo hice… Fui al «Tabarín». Lo demás fue fácil. Yo estaba acobardada, ¿me comprendes?

—Perfectamente. Sigue.

—Cuando dejé al oficial francés, me dirigí al lugar donde el embozado me había dado cita. Era en un automóvil negro, en cuyo interior subí. De nuevo sólo vi de él el anillo de platino labrado. Me dijo que podía ganar mucho dinero, y que el oficial francés no era tal oficial, sino un cómplice suyo enviado al «Tabarín» para «comprobar si se podía confiar en mí». Me ordenó que no dijese nada a Gaby. Y que a la mañana siguiente recibiría instrucciones escritas, que quemaría. Me dio la sensación de que era un hombre poderoso y que cualquier indiscreción mía, me conduciría a una muerte segura.

Tomó ella aliento, y prosiguió:

—Recibí, diez mil francos a cambio de cierto servicio que realicé registrando la cartera de un secretario político del Ministerio de Armamento. Después…, me sucedió lo que a Gaby. Me vi atada. Ayer, por la mañana, me remitieron este vestido de noche. Gaby estaba ausente. Era poco antes de comer. Con el vestido iba una nota. Y un estilete. Decía que lo llevase en el cinto del vestido. Y que aquella misma noche me dirían lo que tenía que hacer. Y cuando…, cuando en el refugio se apagaron las luces a causa del cortocircuito, sentí que me quitaban del cinto el estilete, y…

—Si mientes no te ayudaré, Marisa.

—Me despreciarás.

—No. Eres una pobre muchacha cogida en una trampa, y no eres responsable de tus actos…

—Yo no la maté… Me obligaron a hacerlo. Alguien, en la obscuridad, me susurró: «Ahora mata a Gaby o has cesado de vivir. Mata a Gaby». Ella estaba con la espalda junto a mi pecho. Yo saqué el estilete y se lo hundí entre las espaldas…

Sollozando histéricamente, ella estrechó su abrazo, y la tibieza de su cuerpo se deshizo en espasmos…

—¿Cómo puedes asegurar que el individuo que te ordenó matar no era Oske Hitsu?

—Las manos del japonés son cortas y de dedos redondos. Las del individuo que llevaba antes que Hitsu aquel solitario, eran largas, de dedos musculosos, de artista…

—¿Álvaro Redón?

—Tampoco. Álvaro tiene las manos gordezuelas, con hoyos en el dorso. Yo tengo miedo, Víctor. ¡Sálvame!

—Lo haré con una condición.

—¡Todo lo que quieras!

—Ahora fingiremos despedirnos, y te diré en la puerta que nos veremos mañana por la noche. Los tres policías volverán a seguirme. Apenas hayan pasado diez minutos, sales. Te aseguras bien de que nadie te sigue. Y vas a dormir al piso donde… donde Gaby mató a Georges Dupont. Toma la llave.

Él estaba en pie. Ella volvió a abrazarle felina, insinuante…

—No me abandones, Víctor. Quédate conmigo…

—Mañana me reuniré contigo. Ahora, obedéceme, en todo.

Abrió él la puerta, y claramente dijo:

—Mañana a las once y media, espérame. Adiós, amor mío.

Vic Tramp se alejó con paso ligero, cabeza alta, como un enamorado feliz. Pensaba que debía averiguar por qué Oske Hitsu llevaba el anillo…

Poco después encontró un *taxi*, y sin incidencias, llegó hasta su alcoba.

Estaba ya sobre la pista. Una de las personas que estuvieron en el refugio, pertenecía a Los Cuatro Ases.

Marisa Ambra se ajustó el abrigo de entretiempo. Sentía frío. Los

minutos le parecían siglos.

Los policías, debían haberse ido. Abrió la puerta… y retrocedió, dilatados los ojos y semiabierta la boca…

Frente a ella, estaba el misterioso individuo. Lo reconoció inmediatamente, aunque no llevase en el meñique el anillo…

Quiso gritar, pero de su garganta no salió sonido alguno. La voz, inexorable en su opaca frialdad, del embozado, dijo:

—Cumpliste ya, Marisa. Pero como todas, enternecida por la compañía de un hermoso joven, has hablado. No hablarás más…

Antes que ella tuviera fuerzas para intentar huir, sonó un silbido. Y un corto puñal de pesado mango se hundió en su seno, a la izquierda del escote.

El individuo se inclinó para arrancar el arma de la mortal herida. Se levantó, después de limpiar la ancha y cortante hoja en el sedoso vestido. Y salió, con la absoluta seguridad de que a él, nadie le había seguido ni nadie le seguiría.

CAPÍTULO VIII

Otto Mayer miró a los reunidos en el refugio. Había estado soportando estoicamente los reproches sarcásticos de la marquesa…

—Les he reunido aquí para qué en el mismo sitio donde murió apuñalada Gaby Normand, sean aclarados determinados puntos. Esta noche todos ustedes, salvo naturalmente el señor comandante Von Printzchofen y usted, por su edad, señora marquesa, han sido sometidos a vigilancia. El señor Vic Tramp se dirigió a cita amorosa. De los demás, nadie abandonó el hotel. Seguimos sin haber encontrado a Marisa Ambra, pero en realidad, ella es la persona que menos me intriga y preocupa.

—A mí lo que me preocupa es su estado mental, señor comisario Mayer —dijo la marquesa—. Nos reúne aquí a todos, con morbosa complacencia en hacernos permanecer en este antro que apesta a vino, y al final nos dice que no le preocupa la muerte de la pobre Gaby, que no le interesa capturar a la culpable.

—Gaby Normand nos prestó ciertos servicios. Mejor dicho, los informes que compramos, hace cierto tiempo, supimos que habían sido logrados por su mediación. También la señorita Ambra había trabajado para nosotros. Me he informado esta noche adecuadamente. Y por esto, debo advertirles que ahora tengo la sospecha cierta de que alguien de los de aquí reunidos, fue el inductor moral de la muerte de Gaby y, posiblemente, él sabe dónde se oculta Marisa Ambra. No habría huido, puesto que sabía que podía hacer valer sus servicios a Alemania; no habría huido, repito, si no temiera a alguien de ustedes. ¿A quién?

Rudolf Von Printzchofen, que estaba al lado de Otto Mayer, se inclinó, para hablarle al oído.

Y de pronto, los músculos de Víctor Tramp se tensaron, y creyó que por un instante era objeto de una penosa alucinación auditiva.

No obstante, en el cerrado refugio, acababan de oírse claras y

distintas las notas melodiosamente silbadas del «Concierto en Varsovia».

Todos se miraron entre sí. La marquesa rió agudamente:

—Espero, Gustavo, que no habrás cometido la insolencia de silbar en presencia de las autoridades de la Gran Alemania vencedora.

—No, señora.

Con el rostro transfigurado por repentina alegría, Vic Tramp miró uno por uno a los reunidos. No podía ser Oske Hitsu, corto de talla, ni Álvaro Redón, también de corta estatura y blando de carnes…

Otto Mayer, imposible. Pero no podía adivinar. El arte de transformista de Arnold Steven era demasiado magistral…

Apenas se dio cuenta de lo que también inesperadamente le estaba sucediendo. Sentía contra su costado un duro contacto, y la voz autoritaria ahora de Otto Mayer, inquiriendo:

—¿Quién era la dama con la que anoche se vio, señor Tramp?

La pistola que se apoyaba en su costado estaba empuñada por Rudolf Von Printzchofen.

—La galantería más elemental —intervino la marquesa— impedirá al joven caballero descubrir sus amorosas aventuras. Esto debería usted saberlo, comisario Mayer. Y en cuanto a usted, Von Printzchofen, recuerde que está descansando. Esto no es una trinchera…

—Es peor, señora —dijo Otto Mayer—. Es la guerra secreta, en la cual nadie es lo que aparenta.

—Puede quitar el arma de mis costillas, comandante —indicó Vic Tramp, sonriendo alegremente.

«Está aquí. Estamos juntos de nuevo. La vida es bella», pensaba, puerilmente alborozado.

—Es gracioso. Este joven caballero tiene una expresión de dicha, pese a los rostros poco simpáticos de ustedes dos. Veamos, comisario, ¿es que por azar se atreve usted a insinuar que yo o Gustavo, estamos jugando a espías o matando espías por deporte patriótico?

De nuevo, Rudolf Von Printzchofen se inclinó al oído del comisario de la Gestapo. Pero esta vez sus palabras fueron claras, y habló sin dejar de mantener su arma contra el costado de Vic

Tramp.

—Sugiero, Mayer, que, como testigos presenciales, sean todos ellos trasladados a la lancha motora que puede conducirles al Centro de Informaciones de Le Havre. La lancha motora transportará conmigo a ocho soldados del victorioso Tercer Reich que, como yo, se reincorporan a su unidad. Yo vigilaré personalmente a este joven, y tenga la seguridad de que nadie osará huir estando yo aquí. Puede avisar a sus hombres, comisario Mayer.

Otto Mayer abrió la puerta del refugio abandonando la bodega. El bastón de la marquesa repiqueteó impaciente…

—¡Lo que me faltaba por ver! Un melodrama de muy mal gusto. ¿No protesta, señora Robín? ¿Y usted, señor japonés? Veo que este prusiano pistolero desea hacernos conocer las gentilezas de la Gestapo, y nos quiere obligar a un viaje hasta Le Havre…

Vic Tramp no escuchaba. Escudriñaba las facciones de Arthur Forster, de Gustavo, de Rudolf Von Printzchofen…

¿Cuál de ellos? No importaba. Cuando volviera a oír silbar la melodía, entonces…

—¡Hagan el favor de seguir a estos hombres! —anunció Otto Mayer, apareciendo—. Regresarán esta misma noche al hotel. Exijo silencio. No quiero recurrir a métodos violentos.

Rudolf Von Printzchofen se colocó tras Vic Tramp. Cuando el último se disponía a salir, Oske Hitsu dijo al militar:

—Me dará sus excusas, comandante Von Printzchofen, cuando todo quede aclarado.

—Se las daré, señor agregado. Pero ahora, la seguridad del Tercer Reich exige esta medida.

En dos automóviles, llegaron los testigos a la ribera del Sena. En aquellos días era espectáculo frecuente el desfile de mujeres y paisanos entre sujetos de caras hoscas, y algún uniforme alemán.

También por el Sena desfilaban continuamente chalanas y lanchas motoras.

Ocho soldados se cuadraron rígidamente al entrar Rudolf Von Printzchofen en la ancha y ultramoderna lancha motora.

En la cabina, quedaron reunidos Arthur Forster, Oske Hitsu, Álvaro Redón, la marquesa, Cora Robín y Gustavo.

El argentino estaba completamente deprimido, mirando asustado a Vic Tramp que, esposado, estaba entre Otto Mayer, y

Rudolf Von Printzchofen, en la toldilla junto al motor.

La lancha se puso en marcha. En el curso del trayecto y ya lejano París, fue detenida varias veces por las lanchas de control.

Los documentos de Otto Mayer permitían que, apenas ojeados por el oficial de control, la lancha continua su veloz carrera.

En la cabina herméticamente cerrada, la marquesa, comentó:

—Todos en silencio. Es, insoportable. Yo sé que tanto yo como Gustavo, nada tenemos que ver con todo. Usted, señor argentino, está demasiado acobardado. Además, para matar a su modelo, le sobraba tiempo. El joven caballero, tan celosamente guardado, es incapaz de matar a una mujer. Quedan, pues, ustedes tres. No le moleste, señora Robín, que la incluya en el posible grupo de espías antialemanes. Creo que es un honor peligroso. Usted, pianista, tiene manos de asesino. En cuanto a usted, señor japonés, su aspecto no le favorece.

—¡Calle, por Dios, vieja bruja! —chilló histéricamente el argentino, acercándose, puños en alto, a la andana—. ¿No se da cuenta, momia loca? ¿No ve que la Gestapo sospecha de todos nosotros?

—Gustavo —dijo ella, simplemente.

El puño derecho del mayordomo se abatió con fuerza sobre el cráneo del argentino, y el puño izquierdo imitó el movimiento… El pintor cayó arrodillado, entontecido.

—Aun tienes buen brazo, Gustavo.

—Gracias, señora marquesa.

Oske Hitsu y Arthur Forster se colocaron junto al argentino. Cora Robín rió melodiosamente:

—Delicioso, delicioso.

—¿Le parece así, señora Robín? Este rastracueros es un grosero sujeto, innoble e indigno deshabitar en Francia…

—Me refería a su mayordomo.

—Es extraño, señora Robin. Se retiró usted de la escena, pero o bien sigue poseyendo íntegras todas sus facultades, o no comprendo su perfecta serenidad. Aparte de usted, yo y Gustavo, todos temen a la Gestapo. ¿Por qué no la teme usted?

—Mi tranquila conciencia —rió Cora Robín.

—Bueno… ¿Está ya mejor, señor pintor? No vuelva a perder los nervios, y respete a las damas. Nos bastan con los prusianos, para

que, además, haga usted manifestaciones violentas… El viaje es largo, Gustavo. Alcánzame aquel libro del estante. Es un atlas, y siempre me gustó viajar con el dedo.

En la toldilla, Vic Tramp, esposadas las muñecas en recios aros especiales que le había puesto Otto Mayer, seguía pensando. ¿Quién era el personaje perteneciente a Los Cuatro Ases? ¿Y quién era, de todos ellos, Arnold Stevens?

Sonreía dichoso. Había peligro inminente. Pero no le importaba. Cerca de él estaba Arnold Stevens. Su padre adoptivo estaba vivo. Había escapado a la muerte y a Los Cuatro Ases. Esto era lo esencial.

—¿A quién visitó anoche, señor? —interrogó, de pronto, Otto Mayer.

—A una mujer.

—Déjelo —intervino Von Printzchofen—. Ya hablará en el Departamento Especial de Le Havre, comisario Mayer.

Otto Mayer miró el caudaloso río, surcado por numerosas embarcaciones, las cuales, en su mayoría, ostentaban el gallardete de la cruz gamada.

—Pronto así viajaremos por el Támesis, comandante —dijo con voraz contracción de las mandíbulas.

—«¡Heil Hitler!» —exclamó el comandante.

Los ocho soldados, incluido el que llevaba el timón volante, saludaron brazo en alto, repitiendo el grito ritual.

Cuando la lancha cabeceaba al entrar en contacto con las aguas del océano, manifestó Von Printzchofen:

—Esta embarcación podría surcar el Océano entero, comisario. Centenares de ellas desembarcarán a nuestros victoriosos soldados en la costa inglesa.

Otto Mayer aprobó religiosamente. De pronto, dijo:

—¡Llame la atención al piloto soldado, señor comandante!

—¿Por qué?

—No sigue rumbo a Le Havre. Se interna…

—¿Sí?, No me diga.

Otto Mayer miró la costa que quedaba ya lejana, así como el estuario. Y le pareció ver que los soldados, cerca de él, se reían silenciosamente.

Volvióse, y pestañeó al verse encañonado por la pistola de

Rudolf Von Printzchofen.

—Ya no me sirven sus credenciales, Mayer. En la isla, no manda Hitler. Mandan los Cuatro Ases.

Dio un empujón al aturdido comisario de la Gestapo, que quedó sólidamente atado de codos por dos de los supuestos soldados.

—No se desilusione, comisario. Le aseguro que en la isla, le demostraré que nuestros procedimientos son superiores a los más refinados de la Gestapo.

A rastras, los dos fingidos soldados se llevaron a Otto Mayer, al que arrojaron al interior de la reducida cala.

Rudolf Von Printzchofen vino a sentarse de nuevo junto al que, esposado, era asido por hombros y brazos por otros dos soldados que estaban a sus espaldas.

—Bien, joven. Pronto vamos a tener ocasión de saber la razón por la que tanto se interesó en entrevistarse con Marisa Ambra. Los estúpidos polizontes alemanes le creyeron en cita galante. A mí no me vigilaban. Es seguro que ella le habló del anillo… ¿Por qué lo tiene Oske Hitsu? Sirvió para confundir aún más a las dos muchachas… Cuando llegué al «Crillon» pretexté hallarme sin fondos, y deseoso de desprenderme del anillo. Oske Hitsu lo creyó robado, y me lo compró. Le rogué tan sólo que no me citara como vendedor… Hola, Cora. ¿Están ya bien custodiados?

—Todos. Toma.

Y ella le tendió el anillo.

—Oske Hitsu protestó —siguió diciendo Cora—, pero la fuerza siempre vence, si además está al servicio de la inteligencia. ¿Conque este joven arrogante se ha propuesto seguir en el trabajo de Arnold Stevens? Tal vez nos explicará por qué el hombre a cuyo cargo quedó el arrojar el cadáver de Stevens al río, nunca ha vuelto a dar señales de vida.

Mientras escuchaba Vic Tramp, deducía mentalmente lo que había pasado. Al recuperarse, Arnold Stevens, solo o ayudado, se desembarazó del cómplice de Los Cuatro Ases…

Y ahora, Arnold Stevens y él iban hacia los dominios de Los Cuatro Ases.

Divisábase ya la islita recortada y de altos acantilados inaccesibles.

—… Y no cabe duda de que fue usted. Y seguramente quería

saber quiénes éramos Los Cuatro Ases. Conoce ya a la exquisita Cora Robin.

—Y al privilegiado cerebro que encubre la frente de Rudolf Wolberg.

—El comandante Rudolf Von Printzchofen murió en un ataque aéreo. Me apoderé de sus papeles. Me atrajo por llamarse Rudolf. Le enterré. No podrá negar que somos complacientes, joven. Le informamos de todo.

La lancha pareció qué iba a estrellarse contra un acantilado. Entró raudamente en la gruta, donde al poco se inmovilizó en el quinto espacio de aguas que apareció al final del recodo subterráneo.

Menos las muñecas de la marquesa de Namurs, todas ostentaban aros de acero. Los supuestos soldados, dejando sus guerreras en la lancha, procedían a desembarcar a los prisioneros en la plataforma de la piscina natural existente en el interior de la gruta.

Dos de ellos balancearon el cuerpo de Otto Mayer, que con un pesó colgando del cuello, se hundió en las quietas aguas.

—Éste hubiera hablado —comentó Rudolf Wolberg, quitándose también la guerrera—. Los demás, salvo Redón, tal vez acepten servirnos. La misma marquesa es patriota. Y los ajenos defectos son útiles para nosotros. Yo le enseñaré el camino, joven.

Unos escalones abiertos en la roca iban ascendiendo. La luz procedía de arcos voltaicos…

Al terminar los escalones, abríase un espacio limitado por cuatro grandes columnas. El muro que las circundaba, aparecía casi cubierto por copiosa y tupida vegetación.

Había silla, una mesa, sillones… En uno de éstos se sentó la marquesa de Namurs. Tras ella, en pie erguido, y pese a las esposas, Gustavo era la imagen del perfecto mayordomo.

—¿Qué turba de locos es ésta, Gustavo?

—Me temo, señora marquesa, que estamos en poder de unos *gangsters*.

El pianista y Oske Hitsu quedaron sentados uno al lado del otro. Álvaro Redón demostraba con sus gestos y la dilatación de sus ojos, que bordeaba la locura incipiente.

Vic Tramp, bajo la presión de la diestra de Rudolf Wolberg, quedó sentado en otro rincón del espacio formado por el cuadro de

muebles.

Cora Robin avanzó hasta quedar en el centro de la vetusta sala en ruinas del antiguo castillo normando.

—Considero inútil advertirles que no somos *gangsters*. Lo sucedido ha sido inevitable… Luego hablará usted, marquesa. Usted, Oske Hitsu, nos puedes servir. También usted, Arthur Forster. Ambos, por el sitio privilegiado que ocupan, podrán seguir viviendo y aumentando considerablemente sus ingresos de modo fácil. Los someteremos a prueba si se avienen a servirnos.

Hizo, una seña, y dos secuaces cogieron por los sobacos a Álvaro Redón, que abatido y sin saber lo que iba a sucederle, limitóse a girar los ojos en mueca desorbitada de desesperación.

Se lo llevaron de la sala. Cora Robín siguió diciendo:

—Era demasiado impresionable. Irá a hacer compañía a *Herr* Otto Mayer. No se alborote, marquesa. Ya sé que es un crimen. Pero en nombre de la civilización a diario mueren miles de hombres y mujeres, y la muerte es dueña y señora del mundo. Nosotros formamos una sociedad de cuatro. Alguien nos llamó Los Cuatro Ases. El mejor es Rudolf Wolberg, al cual han visto perfectamente compenetrado con el difunto comandante Von Printzchofen, otros dos están ausentes. Comprenderán ustedes es un acto equivalente al suicidio, intentar escapar. Mediten… y cuando se cercioren de que no somos visionarios ni locos, tal vez consientan en seguir viviendo. Nadie ha traicionado a Los Cuatro Ases, porque cuantos a nuestro servicio entran, comprueban prontamente que la traición es imposible. Les dejamos a solas para que mediten. También usted y su mayordomo, pueden sernos útiles. El señor Vic Tramp viene con nosotros. Tenemos que sostener con él una conversación privada.

Vic Tramp se puso en pie. Silbó tenuemente el «Concierto en Varsovia», mientras se dirigía a otra vetusta sala vecina, entre Rudolf Wolberg y Cora Robín.

La marquesa gruñó algo ininteligible. Después exclamó:

—¡Gustavo! ¿Qué nueva locura es ésta?

—Ataúdes, señora marquesa —dijo fríamente, el mayordomo.

Los exsoldados iban entrando, llevando de dos en dos largos ataúdes. Los iban poniendo en pie…, detrás de cada uno de los cuatro supervivientes del refugio del hotel «Crillon».

Cuando desaparecieron, rompió el tenso silencio el japonés, para

decir con voz algo insegura:

—Estos macabros muebles, deben ser los empleados por Los Cuatro Ases para facilitar la meditación.

Arthur Forster, el famoso pianista austríaco, replicó:

—No poseo el sutil humorismo filosófico oriental. Considero inmunda esta asociación de cerebros para explotar vidas humanas.

La marquesa miró críticamente el ataúd que estaba en pie tras el sillón por ella ocupado.

Lo derribó con la punta del, bastón. Gustavo evitó que la caída produjera ruido, amortiguando con sus brazos doblados el contacto de la pesada madera con el suelo.

—Acérquense, caballeros —dijo ella, repiqueteando con su bastón—. Gustavo es hombre de muchos, recursos, y nosotros, que pertenecemos a la élite, no podemos dejarnos influenciar por el macabro decorado que demuestra las aptitudes histriónicas de Cora Robin. Han dejado libres mis manos por considerarme un viejo trasto, y esto les costará caro. No se desprecia impunemente a una descendiente del Cruzado Barthelemy de Namurs. ¡Gustavo! Ha llegado el momento de entrar en combate.

CAPÍTULO IX

La lóbrega sala desnuda de todo mueble, tenía por techo enormes vigas carcomidas que conservaban aún una armazón de retorcidos hierros. De varios de ellos pendían cadenas, con argollas en sus extremos.

Rudolf Wolberg, colocado detrás de Vic Tramp, le alzó los brazos, insertando sus muñecas esposadas en una de las argollas.

Cora Robin dijo con entonación suave:

—Esta sala fue antaño lugar de tormento e interrogatorio. En la Edad Moderna se ha demostrado útil el empleo de las bárbaras costumbres medievales. Si bien soy sensible y consideró antiestéticos el destrozar una anatomía perfecta como, la suya Víctor Tramp, tengo que velar por la existencia de inmunidad de Los Cuatro Ases. Usted fue amigo de Arnold Stevens. Seguramente él le diría que nosotros, Los Cuatro Ases, éramos malos actores.

—No me lo dijo. Pero, en cambio, puedo yo añadir que son ustedes unos miserables asesinos infrahumanos. Usted, Cora Robin, con toda su belleza y encanto, es un monstruo.

Rudolf Wolberg alzó el brazo, abierta la mano, disponiéndose a propinar un revés contra el rostro del que brazos en alto, estaba casi suspendido de la cadena larga y pesada que pendía del armazón de hierro de la alta techumbre semirruinosa.

—No, Rudolf —sonrió ella, mostrando los blancos dientes en mueca felina—. Es preferible la juvenil indignación de este caballerito, al desprecio ofensivo que nos manifestaba Stevens. Nos interesó usted mucho, cuando supimos que se hospedaba en el «Crillon» y había intimado con las dos modelos del pintor argentino. Comprendimos que se consideraba usted obligado a vengar la muerte de Arnold Stevens.

—Creo, Cora, que no es hora de conversar. Este necio hermoso, por lo visto, influye en tu temperamento. Otras veces has sido más

expeditiva con los que imprudentemente se atravesaron en nuestro camino. Tú no eres una sensible modelo romántica.

Se interrumpió Wolberg para tender el oído. Murmuró:

—¿Otra vez?

En la vecina sala, alguien silbaba con especial modulación la melodía del «Concierto». Los compases contraseña significaban; «Prepárate».

Miró Vic Tramp hacia el techo. Cora Robin preguntó:

—¿Acaso puede usted decirnos qué suerte corrió el hombre que enviamos para retirar el cadáver de Stevens? Tengo la certeza de que usted tuvo que ver con su desaparición.

—Yo no. Fue Arnold Stevens. ¿Lo creéis muerto? ¿Pensasteis que jugando con sus sentimientos lo venceríais? Está con vida, y pronto lamentaréis, el haber creído que erais los dueños de los hilos que podían manejarnos como títeres. ¿Parecéis asombrados? ¿Creéis que habría sido yo tan dócil y que hubiera resultado tan fácil mantenerme prisionero, de no ser porque creyendo vosotros actuar como verdugos, nos ibais, a descubrir vuestras personalidades y vuestra guarida? No mires en rededor, Wolberg. De donde menos lo esperes, vendrá a hacerte justicia Arnold Stevens.

—Calma, Rudolf —dijo ella—. Este caballerito está en su derecho al pretender…

—¡Calla! —exclamó Wolberg—. ¿No oyes…?

Un grito de alarmada sorpresa acababa de surgir de la vecina sala. Cora Robin dirigióse hacia allá, extrayendo del bolsillo de su chaquetón una automática.

Rudolf Wolberg llevóse la mano al bolsillo posterior de sus pantalones *bridge*, mientras sus ojos, ahora estriados de minúsculas venas, denotaban que había llegado el momento en que su barniz de cultura dejaba paso al instinto sanguinario que le dominaba.

Gustavo, inclinándose al tiempo que Oske Hitsu y el pianista se acercaban, pareció pretender que la marquesa se diera cuenta de que sus muñecas estaban esposadas.

Adelaide de Namurs insertó el mango curvada de su bastón entre los aros de acero. Oyóse un chirrido, y un olor punzante, como cuando un soplete muerde el hierro, invadió los olfatos del japonés y el austríaco, que oyeron como, en voz baja, la marquesa decía:

—Este bastón me lo acondicionó Gustavo. Claro que lo destinábamos al caso posible de tener que forzar alguna caja fuerte. No somos ladrones de Bancos, señor japonés. Lo sabrán todo, cuando llegue el momento de comentar. Pero ahora ha llegado el momento de luchar. Como cuando mis gloriosos antepasados, cuya sangre ahora hierve en mis duras venas, desenvainaban las tizonas… ¿Duele, Gustavo?

—Más les dolerá a ellos, señora marquesa —dijo con deferencia Arnold Stevens.

Rió ella, apartando el mango picudo, que ahora aplicó en los aros de acero que unían las muñecas del pianista.

—Este Gustavo es magnífico. Tiene un sentido deportivo muy británico.

Hurgó con su otra mano en el amplio vuelo de sus triples enaguas. Sacó una larga pistola, que Gustavo empuñó con impasible semblante.

—Estos ataúdes les darán protección, señores —dijo Arnold Stevens, en voz baja—. ¿Usted sabe disparar, Oske Hitsu?

—¡Sí! —dijo afanosamente el japonés, tendiendo sus muñecas atadas.

El pianista se frotó las doloridas manos, mientras miraba nerviosamente hacia las puertas de acceso.

—¿Tiene inconveniente, señora marquesa, en entregar la otra pistola al señor Hitsu?

—Van a venir… —dijo con angustia el pianista.

—Ustedes dos protejan a la señora marquesa.

—Gustavo… No te arriesgues demasiado. Tu temeraria arrogancia me emociona… Pero tienes razón… Tu silbido viene a decir lo que en letras afiligranadas escribió en sus memorias uno de mis antepasados: «Enemigo sorprendido, es un enemigo de menos». Son ocho esbirros, una mujerzuela y un pirata, Gustavo…

Oske Hitsu colocó rápidamente, ayudado por Forster, un cuadro de ataúdes alrededor de la anciana, que murmuró:

—Esta aventura tendré que anotarla en mis memorias. ¡Ya sabía yo que mi buen amigo Stevens me proporcionaría gallardas emociones!

Dos secuaces de Wolberg surgieron en el abierto umbral, cuando con las dos manos sobré el pecho, como si siguieran encadenadas,

Arnold Stevens, en su tiesa postura de mayordomo, acercábase.

—¡Atrás! —ordenó uno de ellos.

—¡Mira! —gritó otro, señalando el macabro cuadro de ataúdes formando un compacto baluarte, en cuyo centro, Oske Hitsu apuntaba con la pistola hacia la otra puerta.

Uno de los dos lanzó un gemido de alarmada sorpresa, cuando el pie de Arnold Stevens le alcanzó de punta y plenamente en el plexo solar, doblándolo hacia delante.

El otro llevóse la mano al cinto, donde la culata asomaba entre la camisa y el pantalón.

Disparó Stevens, mientras Oske Hitsu, con fruición, hacía lo mismo hacia la otra puerta, por la que corriendo entraban otros dos.

En la sala vecina, Vic Tramp pareció de pronto ser atraído desde lo alto. Al sonar los tres disparos, Rudolf Wolberg dirigió por un instante la vista hacia donde Cora Robin se encaminaba.

Las manos de Vic Tramp rodearon la cadena por encima de su cabeza, y a pulso trepó unos eslabones, balanceando el cuerpo en ágil contorsión.

Como un péndulo, osciló, y sus dos pies chocaron contra el pecho de Rudolf Wolberg. Luego, los dos pies, ascendieron, rodeando su cuello.

Rudolf levantó la diestra amada. Sonó un disparo, y con una imprecación soltó Wolberg la pistola, mientras en su mano brotaba la sangre, de la herida producida por el balazo certero de Arnold Stevens.

Logró desprenderse de los pies de Vic, y corrió zigzagueando hacia una columna, mientras Cora Robin se parapetaba tras otra.

Cayó al suelo Vic Tramp, y del techo se desprendió con sordo crujido la vigueta, deslabonándose la cadena.

Una nube de polvo invadió la estancia, y retumbaron los cascotes al caer al suelo. Los disparos tableteaban en la vecina estancia.

Arnold Stevens vació el cargador contra el lugar donde los ataúdes protegían a la marquesa, al japonés y al pianista.

Al disiparse la nube de polvo, Vic Tramp, ondeando por encima de su cabeza la larga cadena pesada, precipitóse sobre una columna.

Mientras, Arnold Stevens contorneaba la otra, pero Cora Robin y Rudolf Wolberg habían huido.

Corrió Vic Tramp en dirección a los escalones que descendían hacia la gruta.

Un empujón le derribó al suelo, y rasgó el aire la descarga de balas procedente de los peldaños.

Tendido junto a él, Gustavo le pellizcó una oreja.

—Esto va bien, muchacho.

—Magnífico —sonrió Vic Tramp.

—Voy a dar un rodeo. Tú dispara de vez en cuando —y le tendió la pistola con un nuevo cargador repleto.

—¿Y tú?

—Me prestará la suya el hijo del Sol Rutilante. Ya no la necesita.

Cuando Arnold Stevens, descendiendo peligrosamente por las lianas y enredaderas que tapizaban los derruidos muros, llegaba a la boca de la gruta, sonó un petardeo estruendoso, y bajo sus pies, como una rauda exhalación, pasó la lancha motora.

Dejóse caer al agua Arnold Stevens, mientras la popa de la veloz lancha removía el mar en veloces giros de la doble hélice.

Nadó Stevens hasta penetrar en la gruta.

Silbó la melodía al ir subiendo los peldaños chorreantes. A mitad de la escalera, se encontró con Vic Tramp.

—Han huido, Vic. Pero volverán, y pronto. Es preciso poner a salvo a la marquesa.

—¿Cómo?

Arnold Stevens subió corriendo. Oske Hitsu repitió con euforia:

—Tumbé tres, señor Gustavo. Los otros, los dejó «secos» usted.

Stevens se aproximó al mueble-radio. Mientras manipulaba en el interior del aparato, indicó:

—Vigila el mar, Vic. Pueden regresar por otro entrante y pretender sorprendemos.

Apoyada en el brazo algo temblón del pianista austríaco, Adelaide de Namurs repiqueteó su bastón.

—Esto es emocionante, Gustavo. Estamos aislados, ¿no? Y posiblemente la mujerzuela y el pirata volverán con sus esbirros. Es la primera vez que me he visto mezclada en…, ¿por qué se ríe usted, mandarín?

—Es usted encantadora, señora marquesa. Representa el espíritu belicoso y el *esprit* netamente galos.

—Es receptor y emisora —dijo Arnold Stevens—. Comunicaré

con la comandancia de un puerto no ocupado.

—En el puerto de Fernay, tengo un viejo amigo. Es el almirante Kerdaec. Retirado por la edad y la gota, es la autoridad consultiva de Fernay.

—Entonces, en su nombre, señora marquesa, solicitaré el envío de una lancha rápida. Invocaré que está usted en peligro.

—No lo estoy, pero tal vez esa sugerencia conmoverá al almirante. Hace cuarenta años era un hombre guapo y calavera. Me enviaba flores cada vez que hacía, escala. ¡Ah, fui pérfida y coqueta con él! Pero sigue teniéndome devoción.

Arthur Forster, en un espacio descubierto desde el cual podía, como Vic Tramp, avizorar la extensión líquida, murmuró:

—Fue una lástima que escaparan. Esto significa que estaremos siempre amenazados, estemos donde estemos. No habrá refugio que nos valga.

—¡Mi castillo! —exclamó, arrogantemente, la marquesa—. Allí iremos todos. Gustavo ha dicho que éste será el medio de terminar con Los Cuatro Ases.

—O con nosotros —suspiró el pianista.

—Usted es un pesimista, joven —gruñó Adelaide de Namurs—. Puede reírse, mandarín… Pero cuando un Namurs empieza una empresa, no la abandona hasta el exterminio del enemigo de Dios, de la patria y de las verdades eternas.

En persona, el almirante Kerdaec vino recordando tiempos pasados a bordo de un guardacostas. Sostuvo una privada conversación con la marquesa, y en la islita quedó de guarnición un destacamento de infantes de Marina.

Y en su propio coche, los supervivientes del refugio dirigiéronse a la mansión campestre de Adelaide de Namurs, donde el verdadero Gustavo, pese a toda su impasibilidad, tras dar la bienvenida a la dueña de la morada, miró con redondos ojos de asombro al que descendía del coche, y que era su viva imagen.

El periódico de la ciudad de Angers, publicó en sus notas de sociedad:

> *«Se halla de nuevo entre nosotros la excelentísima señora marquesa de Namurs, que, de regreso de la capital, tiene como invitados al señor agregado comercial de la*

Embajada japonesa, señor Oske Hitsu, y al célebre pianista señor Arthur Forster, no dudando que, con tal motivo, reinará con todo su esplendor el fausto de las reuniones sociales en los salones del castillo de Namurs».

Reprodujeron la misma noticia todos los periódicos parisienses, que la insertaron porque el rotativo de Angers la había enviado a la agencia distribuidora acompañando un cheque.

Y en el castillo, la servidumbre empezó a comentar la posible locura senil de Adelaide de Namurs, que había traído invitados extravagantes, los cuales, dirigidos por uno de ellos, el que había adoptado la figura del venerable Gustavo, se dedicaban a extrañas maniobras.

Como dijo el legítimo Gustavo, que tenía orden de permanecer recluido en las habitaciones del servicio:

—«El avance alemán ha debido, sin duda, influir en la sangre bélica de nuestra ama. ¿Acaso piensa convertir esta morada ancestral en fortaleza con la absurda pretensión de resistir un ataque de los alemanes? Dios nos proteja».

CAPÍTULO X

—Gustavo… Perdón, quise decir comandante Stevens…

—Prefiero llamarme temporalmente Gustavo, señora marquesa. Nunca he desempeñado tan a placer un cargo. Es para mí un gran honor ser su provisional mayordomo, señora.

—Encantador, encantador este británico —comentó ella—. Hemos cenado. Y se impone, como sobremesa, que sacie usted la curiosidad de éstos, caballeros, que estiman hay muchos puntos obscuros en cuanto ha sucedido.

Arnold Stevens, sentado junto a Vic Tramp en la mesa a cuya cabecera estaba la marquesa, y teniendo enfrente al pianista y al japonés, dejó de sonreír.

—Habitualmente, y aun en los peores trances, procuro mantener una actitud más bien regocijada frente a todas las calamidades que imperan en nuestro viejo mundo. Pero execro y siento odio hacia la peor de las lacras humanas: la que comercia con miles de vidas, sin un motivo de excusa. Los que matan por pasión o los que pueden cometer errores sangrientos por patriotismo, son dignos de perdón. Pero los que como Los Cuatro Ases, matan únicamente por ambiciones de riqueza y por embriagarse en el poderoso opio del propio poder, éstos no suscitan en mí el menor sentido del humor.

—Plenamente de acuerdo, Gustavo —cabeceó la marquesa—. Aun recuerdo la frialdad con que mataron al pobre cabezota de Mayer y al desgraciado pintor.

—Los Cuatro Ases explotan para sus fines los temores ajenos, y pisotean todo sentimiento. Son años los que llevo tratando de eliminarles. Hasta ahora no he logrado más que ir suprimiendo sus instrumentos, pero ellos siguen en pie. En este mundo de locos regido por tontos…

—¡Muy bien! —aprobó, con entusiasmo, la marquesa.

—… Los pocos sabios que rigen algunas naciones, no tienen

bastante poder para terminar con el imperio del mal y contrarrestar la carencia de la buena voluntad. Sabemos ya que Cora Robin y Rudolf Wolberg son dos de los cuatro siniestros componentes de la asociación más inhumana que ha existido.

—Y ellos saben que nosotros sabemos —dijo Arthur Forster—. Saben que les conocemos.

—Como tampoco ignoran que por personal juramentó no puedo denunciarles a las autoridades. No podríamos aportar pruebas, aparte nuestro personal testimonio, y la experiencia me ha demostrado que Los Cuatro Ases tienen cómplices aun en las más altas esferas. Es, pues, una lucha personal, en la que, por una fatal coincidencia, ustedes se han visto mezclados.

—¡Yo no, Gustavo! —tronó la marquesa.

Volvió de nuevo la sonrisa a florecer en los adustos labios de Arnold Stevens.

—Debo explicarles la valiosa intervención de la señora marquesa. Me hirieron gravemente en París… Agonizante, pude telefonear a un íntimo amigo, experto cirujano. Me devolvió la vida, y para convalecencia me invité aquí, donde llegué en secreto, siendo atendido por la señora marquesa. Le expliqué todo… Y con entusiasmo de noble corazón, se prestó a secundarme en mi labor vengadora. El mayor esfuerzo para conservar mi impasibilidad, lo tuve que hacer al enfrentarme con mi joven amigo Vic. Pero… abandonemos la evocación. No quiero ser tildado de pusilánime al declarar que un grave peligro se cierne sobre nosotros, pero sólo permaneciendo aquí, podemos terminar con Los Cuatro Ases. ¿Cómo atacarán? En la forma menos imaginable. Pero atacarán, no lo duden. Tienen que suprimir a los que saben…

Arthur Forster repiqueteó sobre la mesa con sus nerviosos dedos.

—Usted es un aventurero de digna ejecutoria, comandante. Yo no. Estimo que lo sensato es ponerme en camino hacia el primer Estado Mayor francés, y declararles cuanto ha sucedido.

—Lo sensato es a veces, como en este caso, lo imprudente, señor Forster.

—No obstante —intervino Oske Hitsu—, yo creo que movilizando las fuerzas del contraespionaje francés, obtendríamos resultados más eficaces que permaneciendo aquí inactivos.

—Libres son de hacer lo que estimen más conveniente. Me

repugna parecer melodramático, pero me temo que si abandonan estos sólidos muros, no llegarán muy lejos.

—No exagere, comandante. Sus Cuatro Ases no son omnipotentes…

—Usted vio perfectamente el estilo netamente prusiano de Rudolf Wolberg. Es tan buen actor como yo. Un mendigo vagabundo, un cura de aldea, un oficial francés…, cualquier ser que les parezca amistosamente inofensivo… puede ser uno de Los Cuatro Ases.

—Déjelos, Gustavo. Si quieren morir, son ya mayores de edad.

—En realidad, señora marquesa, lo que pretendemos evitar es que la saña de ellos se vierta sobre su mansión…

—Los Namurs vencieron siempre a los hijos del infierno. En mi dominio sucumbirán Los Cuatro Ases. Ahora, bien entendido, ustedes dos son muy libres de renunciar a mi hospitalidad.

Cora Robin palideció levemente al oír la fría censura contenida en las comedidas frases de uno de los tres que con ella se sentaban alrededor de una mesa cubierta de verde tapete, en la abandonada hostería, propiedad de Los Cuatro Ases, en un desierto camino de la campiña bordelesa.

—Mis plácemes por haber obtenido importantes informes durante su estancia en París. No obstante, el balance es aplastantemente negativo. La isla es ya dominio francés. Arnold Stevens vive. Cinco personas saben ya que Cora y usted, Rudolf, pertenecen a Los Cuatro Ases.

—Cercados están los linderos de la morada de la vieja bruja —dijo ceñudamente Wolberg, cuya mano vendada reposaba sobre su pecho.

—Stevens no comunicará… —empezó a decir Cora Robin.

—El hecho evidente —atajó uno de los otros dos—: es que tenemos que perder tiempo y esfuerzos en suprimir cinco testigos de vuestra torpeza.

El que hablaba llevaba un traje bien entallado, y su cabello corto, así como la larga boquilla que sostenía, le daban aspecto varonil.

Cora miró a este personaje con repentino rencor.

—Tú sabes, Hilda, que Stevens es y ha sido nuestro peor obstáculo.

—Lo que yo sé, es que eres demasiado femenina, y fuiste actriz. Sigues estimando un vasto escenario cuanto te rodea.

—La feminidad te produce envidia, Hilda, porque pese a tu sexo no posees un solo adarme de…

—¡Por favor! —exclamó el cuarto contertulio—. No caigamos en la mezquina vulgaridad de reprocharnos, los puntos vulnerables de nuestras personalidades. Hilda tiene razón.

—Es natural. Para ti tiene ella no sé qué invisible atractivo. Por lo visto, a los ingleses os encanta ser dominados por una mujer que, como Hilda, prefiere vestir y pensar a lo hombre. Claro que, también tú, Barney Lacy, podrías vestir ropas femeninas con propiedad.

Barney Lacy movió indolentemente la diestra enjoyada y blanca.

—El decorado influye, Cora. En la isla te sentías medieval, y ahora, eres la perfecta pueblerina. No quiero que Arnold Stevens vuelva a hacernos perder la cabeza. Los cuatro vamos a terminar con él…

Calló Barney Lacy, porque en un rincón de la pequeña sala sonaba, intermitente, un pitido agudo. Se acercó Hilda Braun al receptor conectado con otro existente en la caja de mandos de un automóvil oculto en la maleza de un sendero cercano a la ciudad de Angers.

Colocóse los auriculares. Escuchó atentamente, tomando notas en un «block», al alcance de su afilada diestra.

Se levantó.

—Empieza la desbandada. Acaban de abandonar la casa de la marquesa el agregado Hitsu y el pianista Forster.

—¿No podríamos telefonear, señora? —preguntó Forster—. Desearía comunicar con el Departamento Naval de Nantes.

—El teléfono lo he considerado un invento indiscreto, que no le permite a uno estar en su propio hogar. Me gustaría poderles hacer desistir de su propósito, pero me parece adivinar, señor Hitsu, que usted me considera levemente irresponsable.

—Personalmente, señora marquesa, estimo que está usted corriendo un gran riesgo al permanecer aquí. No es que desprecie las dotes combativas de los señores Stevens y Tramp, pero si es cierto que de un instante a otro Los Cuatro Ases piensan, atacar esta casa aislada, lo harán sin olvidar detalle contundente que les

asegure el triunfo. Y considero mi deber, compartiendo la idea del señor Forster, de que seremos mucho más útiles cuando al llegar a Nantes comuniquemos cuanto sabemos.

—Uno de mis nietos, muy aficionado al motorismo, ha dejado aquí, para sus próximas vacaciones, un estridente y veloz sidecar —dijo ella.

—La «moto» ha sido uno de mis favoritos deportes —dijo el pianista.

Cuando, seguidos por el petardeo retumbante del sidecar, abandonaban los dos el parque circundante, comentó la marquesa:

—Me apena qué esos dos gentiles caballeros menosprecien así el poder enemigo. Pero nada les podía, detener. Querían irse, y me creían una anciana senilmente agitada por la emoción de ser una pueblerina viviendo aventuras, cuyo alcance no llegaba a comprender. ¿Verdad, Gustavo?

El comandante Stevens sonrió. Después dio una palmada en el hombro de Vic Tramp.



Stevens repitió su puñetazo...

—La marquesa fue Dama Blanca.

—¿Dama Blanca? —repitió Tramp, sin comprender.

—En 1914, el «Intelligence Service» inglés colaboró con el «Deuxième Bureau» francés, en busca de toda clase de informes en Bélgica y el norte de Francia, a espaldas del ejército alemán. Muchas señoras procedentes de todas las clases sociales, trabajaron en esta misión, a impulsos de un acendrado patriotismo, y fueron marquesas, aldeanas, contrabandistas y maestras de escuelas las

Damas Blancas que luchaban con eficacia contra las tropas alemanas, empleando la sutileza femenina. Y Adela Ange fue la Dama Blanca a la que los ingleses casi venerábamos con un respeto místico. Su servicio de información igualó en perfección al del «Intelligence Service»…

—Creo que me voy a ruborizar, Gustavo —rió ella.

Vic Tramp la miró con nuevo interés. Ya no era una extravagante aristócrata provinciana la que sonreía dulcemente evocando tiempos pasados.

—Yo recuerdo —siguió diciendo Stevens— que habían pasado diez años desde la guerra del 14, cuando hablé con un jefe británico. Y me dijo textualmente: «Algún día tendrá usted el honor de conocer a la marquesa de Namurs. Estará usted frente a una heroína. Los servicios que nos prestó, son incalculables. Gracias a ella supimos con exactitud, rapidez y regularidad todos los movimientos del enemigo, las posiciones exactas de sus piezas de artillería, y muchos detalles que favorecieron la triunfante labor de nuestros Estados Mayores».

—Ahora comprendo por qué usted, señora, estaba entre nosotros como una tranquila espectadora.

—Y usted, joven caballero, me creyó también una inconsciente. Va anocheciendo. Dispénsenme si les dejó solos. Voy a mi oratorio particular para rezar por el alma de los caballeros Forster e Hitsu.

Oíase a lo lejos el petardeo del sidecar. Un hombre, vestido como un aldeano del Loira, surgió de las riberas del río, llegando a la encrucijada de los tres senderos.

Hizo un cambio. El poste indicador que señalaba con una flecha «Nantes,
36 Km
», lo substituyó por el que indicaba «Foret,
12 Km
».

Volvió a tenderse entre los matorrales ribereños. Poco después, el sidecar frenó, y Oske Hitsu señaló el poste de la derecha, por cuya carretera se internó Arthur Forster, ignorantes ambos de que se dirigían hacia la abandonada hostería, sede de Los Cuatro Ases.

CAPÍTULO XI

La rotura de la Línea Maginot, la firma del armisticio, la retirada, de Dunkerque, eran hechos que se habían sucedido a un ritmo vertiginoso, sembrando la confusión y el desorden en el suelo francés.

Oficiales y soldados, desperdigados y alejados de sus unidades por el caos de la rápida derrota, dirigíanse por sus propios medios hacia sus hogares.

Un sordo rencor anidaba en todos los ánimos. Más que odio hacia el invasor, lo que predominaba era un sentimiento de reproche furioso contra los gobernantes culpables de las condiciones de inferioridad en que los ejércitos franceses habían tenido que hacer frente a los bien organizados cuerpos bélicos del Tercer Reich.

Por todas las ciudades y aldeas, en los cafés, posadas y tabernas, los que por edad o inutilidad, no habían estado en las líneas de fuego, rodeaban ansiosos a los militares derrotados.

En la aldea, de Namurs, distante dos leguas del castillo, los aldeanos que solían reunirse al atardecer en la vasta taberna donde dábanse cita agricultores y ganaderos, guardaban silencio contemplando los rostros tensos y endurecidos de una decena de hombres uniformados con el color militar azul pálido.

Uniformes ya arrugados, carentes de marcialidad. Algunos habían substituido las pesadas botas por alpargatas. El único que conservaba aún cierta marcialidad, era el teniente que se sentaba en mesa aparte de los soldados.

Casi obligado por las interrogantes miradas imperiosas de sus gobernados, el alcalde de Namurs, que presidía la mesa principal, elevó la voz para invitar con amabilidad:

—Muchachos: cuanto comáis y bebáis, lo paga la Alcaldía, que os da la bienvenida y comparte vuestro mudo dolor. No soy hombre

de retóricas, pero, os puedo afirmar que también sangran nuestros corazones, ante la dolorosa prueba que Francia atraviesa. El choque de las botas alemanas contra el pavimento del Arco de Triunfo, es una humillación…

Algunos de los soldados sonreían con escepticismo fatigado. Otros miraron al oficial, sentado cerca de la mesa principal.

Y el teniente, hombre joven de aspecto afeminado, pero de labios delgados y crueles, y ojos anchos de azul helado, pegó un puñetazo en la mesa, a la vez que exclamaba:

—¡Ah, no, no! Estamos hartos de discursillos lacrimosos. Lo que necesitábamos eran armas y generales. Nos dieron fusiles viejos y nos mandaron generales chocheando, para hacer frente a tanques y jóvenes generales impetuosos y bien entrenados. Si no quiere que nos larguemos de aquí, señor alcalde, déjese de lamentaciones.

—Yo no quise encolerizarle, teniente —murmuró el alcalde—. Hemos visto desfilar tantos bravos muchachos desesperados…

—¿Y quién tiene la culpa? ¿Nosotros?

—¡Eso nunca! —exclamó un viejo vinatero—. Yo estuve en la del 14, y sé cómo luchan nuestros hombres. Por lo tanto, si los alemanes han podido pisar nuestro suelo, sólo se debe a la inepcia de los que nos desarmaron.

El oficial movió la mano en ademán indolente.

—Hay otras personas mucho más culpables. Personas que yo califico de corchos. Corchos que flotan en todos los mares. Verdaderos traidores, porque confortablemente instalados en sus casas, trafican con la vida de la juventud francesa.

—Eso es —gruñeron varios soldados—. Los traidores con apariencia de honorabilidad —añadió otro.

—La gente que mantenía buenas relaciones con Alemania. Sin ir más lejos —dijo el oficial—, al pasar por París, me enteré que en el «Crillon» estaba una enemiga nuestra, peor que todos los alemanes, porque éstos, al fin y al cabo, son gente que ambiciona el poder en Europa. Pero, si ya nuestros hogares no ofrecen seguridad, ¿a quién se debe? ¿A los alemanes? ¡No! Se debe a gente como la que estaba en el «Crillon», tuteándose con un jefe de la Gestapo y con un comandante prusiano.

—¿Quién era? —preguntó, afanosamente, el alcalde.

El oficial se encogió de hombros, mirando casi con lástima a los

reunidos campesinos.

—Vivíais en las nubes, amigos.

—No tanto, mi teniente —dijo, sarcásticamente, un soldado—. Éstos, mientras nosotros nos partíamos los cuernos en las trincheras, iban recogiendo patatas, y pisando uvas. ¿A ellos qué les importan nuestros compañeros destrozados por los tanques enemigos?

El alcalde se levantó majestuoso. Su rubicundo rostro estaba cárdeno de contenida indignación.

—¡Muchachos! Comprendo vuestra indignación, pero no paguen justos por pecadores. Yo mismo estuve en el Marne, en Verdún, en el Camino de las Damas. Conservo mi guerrera de gala, y en ella el peso de las medallas…

—Bueno, abuelo —intervino, conciliador, el oficial—. No se congestione. Usted y los demás habrán sido héroes hace veinte años, pero hoy viven ajenos a la triste verdad de que la culpa de la derrota la tienen los traidores, la gente que antes no respiraba en Francia.

—Nadie de Namurs es traidor, señor teniente.

—Calle el viejo —atajó un soldado, poniéndose en pie—. Yo también vi pasear por los Campos Elíseos a una vieja bruja cogida del brazo del comandante Rudolf Von Printzchofen… Y ahora mismo, no me extrañaría que estuviera banqueteando con los enemigos de Francia.

—La señora marquesa de Namurs tiene una edad muy avanzada, y no podemos creer… —empezó a decir el alcalde.

Pero uno que estaba a su lado le asió por la manga, e inclinándose, murmuró algo, que otro hizo audible diciendo en voz alta:

—Pues sí… ¿Quiénes son los invitados que ella trajo a su castillo? Uno era un japonés. Otro parecía un alemán… Y los otros dos, podían ser alemanes también…

—Alemania ha enviado a sus embajadores secretos. Tipos como los que están en el castillo ahora. Tipos que esperan el momento para nombrarse autoridades. Lo harán tan pronto las Panzer División atraviesen el Loira. Y lo que clama al cielo, no es el avance de los teutones, ¡no! Es la entrega que de nuestra patria han hecho estos decadentes espíritus, que, como vampiros, sorben la sangre de nuestra juventud y de nuestros mejores.

El vinatero se puso en pie, alzando los dos brazos.

—El teniente tiene razón. Recordad, amigos, que durante la del 14, desapareció la marquesa. No la vimos durante los cuatro años. Y hubo quien afirmó… ¿recuerdas a Quiquet, el que estuvo prisionero en Lille? Bien que dijo que con sus ojos había visto a la marquesa, que era entonces una hermosísima jamona, hacer la rosca a un oficial alemán… ¡Maldita sea!

—¿Es que nuestros antepasados del 93 no sabían hacer justicia?

—¡Es una vergüenza!

—Mirad estos pobres muchachos, marcados con la hiel del sufrimiento… ¡mientras la vieja, a lo mejor, está planeando con los invitados alemanes la próxima destrucción de Namurs!

—Sí, pero su castillo quedará indemne. Siempre lo mismo…

Los comentarios iban haciéndose cada vez más agrios. Uno de los soldados exclamó:

—Si hay vergüenza, si hay hombría, no podemos dejar que se burlen de Francia con tanta impudencia.

El oficial se levantó. Calmosamente, dijo:

—Oídme todos. No somos revolucionarios ni locos. Sí la marquesa es culpable, hay tribunales militares. Podemos equivocarnos y a lo mejor sus invitados no son…

—Generosidad desplazada —dijo, solemnemente, el alcalde—. ¡Teniente! Yo propongo que vayamos a visitar el castillo. Y que la marquesa se explique. Hay cosas que ahora no veo nada claras.

El oficial, Barney Lacy, fingió meditar. No dudaba que Arnold Stevens no permitiría la entrada de nadie, porque sospecharía de todos… Dijo finalmente:

—Si, como creo, son alemanes los que están esperando el momento propicio para saltar sobre la aldea, no nos recibirán. Podrían hasta disparar contra vosotros…

La insinuación inflamó de ardor patriótico al alcalde.

—¡No faltaría más! Sigo siendo la máxima autoridad en Namurs. Yo os juro que si cae una sola gota de sangre de franceses, con mis propias manos prenderé fuego al castillo. Si ella es francesa de pura cepa, como hasta hoy creí, no puede negarse a que indague yo quiénes son estos invitados tan celosamente albergados. Si se resiste, entonces… ¡la justicia del pueblo actuará!

El vinatero, que tenía una rencilla privada contra la marquesa,

bramó como transportado de ardor patriótico:

—¡Abajo los traidores! ¡Vamos allá, hijos! ¡Teniente! Usted nos manda.

—Vamos allá —dijo Barney Lacy—. Pero sin violencias innecesarias. Naturalmente, si viéramos recelos o nos recibieran con violencia… ¡entonces comprobarán que todavía en Namurs, Francia castiga a los traidores!

Con linternas y antorchas, los campesinos pusiéronse en marcha tras la decena de soldados que, precedidos por Barney Lacy, encaminábanse hacia el castillo de Namurs.

Arnold Stevens entró en el garaje, seguido por Vic Tramp. Preguntó, mientras abría una caja:

—¿No te extrañó que la marquesa ofreciera el sidecar?

—Una de tus lecciones consistió en acostumbrarme a que no me extrañara de nada en esta lucha tenebrosa que es el contraespionaje. He asimilado la lección. Si me dijeras que la cocinera es un general alemán disfrazado, me limitaría a guisarme yo mismo la cena. ¿Un detector de telegrafía?

Y señaló la caja abierta en la que un disco giratorio iba lentamente describiendo órbitas a semejanza de un contador eléctrico.

—Es indudable que Hitsu y Forster serán detenidos en algún lugar. No llegarán a Nantes. En la magneto del motor llevan sin saberlo un goniómetro. Mientras el sidecar camine, el disco seguirá girando.

Fíjate que va marcando el contador, pero no son kilowatios, sino kilómetros. Este otro dial marca exactamente la posición geográfica…

—Entonces ahora están a treinta y ocho kilómetros de aquí, y… la aguja del dial marca este-norte-éste, y la numeración…

Arnold Stevens, que acababa de abrir un plano, dijo mientras su índice señalaba un trazo azul:

—Éste es el Loira. La carretera de Nantes está aquí y, sin embargo, el goniómetro marca la carretera de Foret, al nordeste…

—Han desviado la ruta.

—O les han desviado intencionadamente. Lo cierto es que cuando el disco cese de funcionar, tendremos exactamente la posición del lugar donde Los Cuatro Ases han capturado al pianista

y al japonés.

—Y entonces, yo voy allá, y…

—Sí, con una variante. Yo voy allá, y…

—Perdón, perdón. Tú debes proteger a la marquesa.

—Una vez me llamaste padre, muchacho… Me repicaron campanillas de gloria en el pecho. Pero un hijo siempre obedece… ¿Qué es eso?

—No hay duda que es un timbre de los empleados en las bicicletas.

Miró Stevens por la ventanilla del garaje. Bajo la luz del porche de entrada, un cura montado en bicicleta estaba apeándose.

—Sigue aquí, Vic. Iré a ver si el cura es digno de su hábito, o es un «as» con barniz de santo varón.

Arnold Stevens alcanzó al hombre vestido de sotana, cuando éste se hallaba en la terraza.

—Buenas noches, padre.

El sacerdote se sobresaltó, porque no había oído llegar a Stevens. Le miró con recelo.

—Buenas noches, caballero. Necesito ver con urgencia a la señora marquesa.

—Yo le acompañaré, padre. Soy huésped de la casa.

—¿Ah, sí? Bien… Le sigo.

—Usted primero, padre.

Adelaide de Namurs estaba en el salón. Miró al sacerdote y le tendió la diestra, besándole la mano.

—Lo garantizo, Gustavo —sonrió ella—. Hace treinta años que *Pére* Joseph es párroco de Namurs. Un veterano de la guerra del catorce. Hable con toda confianza, *Pére* Joseph. Este caballero es mi escudo y mi espada.

El cura habló precipitadamente:

—Vienen hacia acá diez soldados, un teniente, el alcalde y todos los campesinos. Me tropecé con el sacristán que estaba en la taberna, según dice, para comprar vinagre, y oyó cuanto allá se fraguaba. Aseguran que usted, Adelaide, es una traidora, y que sus invitados son alemanes. No se ría, Adelaide. Usted siempre ha sido un carácter amante del riesgo, pero ahora el peligro es inmenso. Toda Francia está desquiciada por la derrota, y basta el grito de «traición» para que…

—No se apure, *mon père*.

—Es que estando como están, no atenderán a razones. En momentos así el hombre más inofensivo se convierte en un inconsciente criminal. Y tampoco es de desear que ninguno de ellos sufra daño alguno. La situación es desesperada. No sé qué hará usted, Adelaide, pero cuente conmigo. Yo les hablaré… Pero que no haya violencias, por favor. La Providencia está siempre con el justo. No tardarán en venir…

La marquesa repiqueteó con su bastón.

—La gente de la aldea la conozco. No me harán nada. Al oficial es al que quiero yo oír…, ¿verdad, Gustavo? ¿Una copita de naranjina, *mon père*?

—Mejor me sentaría una taza de tila y dos aspirinas, Adelaide.

Arnold Stevens abandonó el salón. Al entrar en el garaje buscó con la mirada a Vic Tramp. No estaba, y faltaba también el pequeño y veloz coche «Bugatti» de carreras, propiedad de otro de los nietos de la marquesa.

El ruido del motor era el que le había hecho abandonar apresuradamente el salón.

Vio junto a la caja, donde el disco había cesado de girar, unas líneas trazadas con grueso lápiz rojo sobre la mesa:

«Es hora de que te demuestre soy tu digno discípulo. Estoy impaciente por tener en la mano un poker de ases».

Arthur Forster conducía con precisos gestos, adaptando diestramente el manillar a los continuos virajes de la carretera.

Oske Hitsu gritó:

—Me parece que cuando vinimos, la carretera no pasaba por estos bosques.

El austríaco no le oyó, porque el motor con sus petardeos le ensordecía. De pronto, el sidecar, como si una mano gigante le cogiera por las ruedas, capotó, empinándose por delante…

Los tres alambres, colocados entre dos árboles, atravesando la carretera, chirriaron mientras se hincaban en la rueda delantera y la boquilla del largo «side»…

Despedido del sillín, Arthur Forster chocó contra el asfalto

después de describir un salto.

Oske Hitsu, conmocionado por el choque, quedó aprisionado en la caja. Varias sombras surgieron para apoderarse de los dos desvanecidos accidentados.

Y poco después, reanimados por un punzante dolor, tardaron en asimilar lo que les ocurría.

Los ojos les escocían horriblemente. Vieron a Rudolf Wolberg, al que ellos conocían por Von Printzchofen, que sostenía en la diestra vendada un frasco de coñac, en cuyo gollete había un cuentagotas.

—El coñac en los ojos es el mejor revulsivo —dijo Cora Robin, sentada y fumando en un rincón de la sala alta de la hostería—. Tuvieron un accidente fatal. Usted disparaba con gran placer allá en la isla, Oske Hitsu.

Gimió el austríaco, que tenía un brazo roto y el rostro desollado por la caída. Su aspecto era lastimoso…

Oske Hitsu, insensibles las piernas, contemplaba como si no pudiera creerlo el frío y despiadado gesto con que Cora Robin sacudía la ceniza del cigarrillo.

—Los otros dos componentes de nuestra sociedad están ya en estos momentos terminando con los que quedaron en el castillo —anunció Rudolf Wolberg—. En su tierra, Hitsu, se emplea el harakiri. Lo he oído mencionar, pero nunca lo presencié. Le sugiero que se evite y nos evite otro medio más antiestético de asegurarnos para siempre su discreción.

Cora Robin levantóse para acudir al receptor, donde un agudo pitido acababa de surgir. Se colocó los auriculares, alzando una palanquita que hizo cesar el silbido.

Poco después quitábase los auriculares, y dijo:

—Es un bólido, el joven y arrogante Víctor Tramp devora kilómetros. Se desviará también de la carretera general. Y pronto tendremos al tercer indiscreto. Personalmente, me hago cargo de detener su ímpetu. Hasta luego, Rudolf. Hasta la eternidad, señores.

Barney Lacy penetró en el amplio parque que formaba explanada ante la escalinata del castillo. Al fondo, en la terraza, la marquesa de Namurs y el párroco, parecían estar aguardando a los invitados.

Un sordo murmullo se elevaba entre la apretada masa de aldeanos, mientras los soldados, siguiendo a Barney Lacy, se

destacaban.

Abriéronse en hilera, formando como un abanico cuyo vértice de remate era Barney Lacy, uniformado de teniente de infantería.

Las linternas, antorchas y los faroles de la escalinata daban tintes rojizos a los semblantes hoscos. Sólo la marquesa sonreía, y su rostro apergaminado se arrugaba en mueca irónica, fulgurantes los negros ojos.

—Bienvenidos —dijo, a medida que silenciosamente paisanos y soldados iban aproximándose al pie de las escaleras—. Pére Joseph me ha notificado ya que estáis algo excitados. Este joven oficial seguramente es el portavoz de vuestras alucinaciones…

Destacóse Barney Lacy, que muy militarmente, saludó:

—Soy el teniente Pecy, señores. Tengo la seguridad de que se albergan en su casa agentes alemanes. No queremos violencias…

—¿Qué quiere usted, entonces?

—Someter a un tribunal militar…

Se detuvo Lacy, porque notó que tras él se agitaban los aldeanos. Miraban todos hacia atrás…

A cada lado de la verja de entrada había dos pabellones, y de ellos surgían marinos franceses, terciados ante el pecho los fusiles.

Y un viejo, erguido, con voz tonante, clamó:

—¡Quietos todos! Soy el almirante Kerdaec, del Departamento Naval de Fernay. ¡Teniente Pecy! Presente su informe…

Los aldeanos, respetuosamente, abrieron paso a la sección de fusileros de la Marina.

Barney Lacy miró en rededor… Los soldados hicieron lo mismo, y de pronto corrieron hacia el ala izquierda del castillo, sumida en tinieblas.

—Dios mío… —musitó el cura, cerrando los ojos. No se dio cuenta de que, con vigor, la marquesa le atraía por el brazo al interior…

Sonaron unos disparos… Uno de los soldados cayó… Los otros dispararon…, y el tiroteo se generalizó entre marinos y soldados, mientras, alocadamente, los aldeanos corrían en sentido o puesto, buscando la protección de muros y pabellones.

Barney Lacy corría con ligereza, atlética. Se detuvo de pronto, porque encima de él, saltando desde el antedespacho de la balaustrada de la terraza, caía Arnold Stevens.

La esbeltez afeminada de Barney Lacy ocultaba unos músculos acerados, diestros en lucha, y *jiu-jitsu*.

Volteó por sobre sus espaldas a Stevens, aplicándole un pie en la axila, mientras rodeaba su muñeca con las dos manos, y trataba de descoyuntarle la clavícula.

Haciendo puente sobre su nuca, Arnold Stevens enlazó los pies alrededor de la cintura de Lacy.

Y logró enderezarse haciendo palanca de la misma llave con que le tenía preso su adversario. Su cabeza chocó contra el cuello de Lacy.

El puño izquierdo de Stevens golpeó en la sien al que no esperaba la contorsión acrobática con la que, ya en pie, Stevens repitió su puñetazo.

Los fusileros rodeaban a los restantes soldados, que manos en alto, cercados, comprendían que toda resistencia era suicida.

El almirante Kerdaec recibió con frío talante las cohibidas explicaciones del alcalde…

Replicó:

—Habéis sido engañados. Estos soldados se valieron de vuestro patriotismo. Regresad a vuestras casas, pero por el camino id pensando que si Francia tuviera más Adelaidas de Namurs, no habría hoy alemanes en París.

Poco después el almirante besaba la diestra de Adelaide de Namurs. Y cuando los fusileros llevábanse a Barney Lacy y los secuaces supervivientes, dijo:

—Esta vez Los Cuatro Ases han acabado su carrera de crímenes. Y tenía gran interés en conocerle, comandante Stevens. Me complace haber logrado que mis hombres supieran permanecer en los pabellones, en espera de los acontecimientos sin que usted se enterase. Fue decisión de nuestra estimada amiga. Me dijo que no quería que usted y su joven amigo corrieran demasiados peligros. Tampoco quise yo que ella los corriera. Y me alegra comunicarle que gracias a nuestra amiga, todas las medidas han sido tomadas, para que caigan en la redada cuantos aventureros componen la banda de Los Cuatro Ases. Han dejado ustedes de ser señuelos. En la hostería abandonada de Foret hay otras dos secciones cercándola. Los Cuatro Ases confiaron demasiado en que la señora marquesa estaba contagiada por la temeraria valentía del comandante Arnold

Stevens y el ardoroso Vic Tramp. La redada será magnífica…, y mañana tendremos que conversar ampliamente nosotros cuatro. Le confieso que todas estas cuestiones tenebrosas del espionaje son ajenas a mi entendimiento. Pero nunca es tarde para aprender…

—Puedes respirar, Alain. El comandante Stevens ya no te escucha.

—¡Caramba! Es mi defecto mirarte a ti mientras hablaba para él. ¿Y dónde ha ido?

—A jugar al *poker*. ¿Una copita de naranjina? Esto no te dañará. Estás muy arrogante con tu uniforme, Alain. Evoquemos tiempos pasados. La moderna generación me aturde con su dinámico eléctrico. No conocen la dulzura de vivir.

Vic Tramp miraba el cuentakilómetros, mientras los faros del «Bugatti» barrían la cinta asfaltada.

De pronto, al tomar un viraje, vio un claro en la tupida maleza que flanqueaba la carretera.

Penetró en él, frenando bruscamente. Saltó velozmente del coche, divisando sombras que, surgiendo de los matorrales, corrían hacia el claro. Con refocilamiento, apretó la culata del «*Parabellum*», cuyo cargador contenía treinta y cuatro balas…

Apagó los faros, mientras desde tierra giraba el volante. Y volvió a encenderlos hacia donde oíanse las pisadas.

Sorprendidos por la luz cegadora, tres siluetas se convirtieron en refulgentes blancos.

Disparó, tres veces el joven, para, dirigirse corriendo hacia la hostería.

Oyó la voz exasperada de Cora Robin:

—¡Rodeadlo, estúpidos!

La actriz sostenía una linterna eléctrica de potente foco, con la que iba iluminando en arco las tinieblas.

Introdujo Tramp la pistola en la funda sujeta al cinturón. Y fue con pasmosa agilidad, y contenida furia, como abalanzándose, rodeó con un brazo la cintura de Cora Robin, mientras la echaba hacia atrás el cuello, inmovilizándole sobre su hombro derecho.

Cayó la linterna. Gritó ella, pero corriendo con su femenina carga, Vic Tramp penetraba en torbellino por la sala posterior de la hostería.

Forcejeaba Cora Robin inútilmente. Apretados los brazos, contra

el cuerpo, arqueada hacia atrás, creía estar transportada por un torbellino devastador.

Pudo gritar:

—¡Rudolf!

En la sala alta, Oske Hitsu, con un cuchillo entre las manos, hacía unos instantes que oía la voz de Wolberg intimando:

—Muera como los samuráis y no prolongue la agonía de Forster.

Al restallar los tres disparos, dijo Wolberg:

—Vic Tramp les ha precedido. No gima, Forster. Pronto ya no le dolerá el brazo.

—Bestia —repetía, incansablemente, el pianista.

Oske Hitsu se aplicó la punta del cuchillo en el vientre.

—¡Rudolf! —gritó desde abajo, en agudo chillido, la voz de Cora Robin.

Wolberg comentó:

—Sus piernas no le obedecen ni a usted sus brazos. Cuidado, samurái. No intente servirse del cuchillo con otra finalidad.

Rudolf Wolberg disparó al penetrar en la habitación el extraño personaje formado por la conjunción del cuerpo femenino empujado por el que apretaba la cintura de la actriz.

Vic Tramp, entrando en tromba, proyectóse en recta zambullida. Los disparos de Wolberg rasgaron el aire, tableteando contra el marco del umbral.

Cora Robin permaneció de bruces, inconsciente al golpe recibido contra el suelo, mientras aferrado por los tobillos, Rudolf Wolberg se inclinó hacia delante, cayendo…

Su pistola chocó contra el «*parquet*» brillante, y vióse cabeza abajo; Vic Tramp se había levantado, impetuosamente, y sin soltar sus tobillos lo levantó en alto, para convertirlo en aspa de molino que giraba a su alrededor.

Cuando Vic Tramp soltó los tobillos de Rudolf Wolberg, éste salió como una saeta proyectado por la ventana, cuyos cristales hizo estallar.

Se oyó el sordo impacto de su cuerpo al estrellarse. Vic Tramp miró en rededor, crispadas las facciones en dureza de impulso batallador.

Vio a Oske Hitsu que, arrastrándose, habíase acercado a la yacente Cora Robin, cuyas manos estaba atando a las espaldas.

Arthur Forster, desequilibrado por tantas emociones, reía y gemía a la vez repitiendo incansablemente su cantinela:

—Bestia… Bestia…

Corrió Vic Tramp escaleras abajo. Oía disparos, gritos y una enorme confusión reinar por los alrededores.

Llegó junto al aplastado Rudolf Wolberg, que se removía en el suelo. Y Vic Tramp apretó de nuevo la culata del «*Parabellum*» parapetándose en la esquina de la pared posterior dé la hostería, mientras gritaba hacia los cinco fusileros de marina que se dirigían a la puerta:

—¡Alto!

Los cinco fusileros se tiraron al suelo, clamando uno de ellos:

—¡Fuerzas del almirante Kerdaec!

El índice del joven, crispado alrededor del gatillo, se detuvo. Gritó:

—No os mováis hasta que pueda yo comprobar que sois lo que pretendéis.

Vio como entre otros fusileros iban acercándose desarmadas y manos en alto, varias siluetas.

«¿Otra trampa de Los Cuatro Ases?», meditó.

Y, súbitamente, con fragor, el ruido de un motor que había ido creciendo en intensidad, cesó repentinamente. La melodía modulada aplacó la tensión combativa de Vic Tramp. Y en rápida explicación, Arnold Stevens terminó:

—… Pertenece, pues, a la justicia dictar la sentencia y muerte de Los Cuatro Ases. Aunque… me parece que Rudolf Wolberg no llegará a verse ante el pelotón de fusilamiento.

Pero Wolberg sobrevivió, y siete días después, juntamente con Cora Robin y Barney Lacy, en un frío amanecer, era atado a un poste, donde quedó arrodillada y de espaldas al pelotón de ejecución.

Junto a ellos se arrodillaba otro hombre que había aceptado ser el Cuarto As.

Hilda Braun no había caído en la redada. El oficial francés que mandaba el pelotón, dio la orden de fuego.

Poco después, en la cantina de oficiales, uno de ellos preguntó:

—¿No eras tú el que debía mandar el pelotón?

—Sí, pero muy gustoso acepté ser relevado por el oficialillo que

fue destinado hace cuatro días a esta guarnición. A mí, francamente, hijo, no me hacía gracia, por más Ases del crimen que fueran los cuatro condenados, tenerles que dar el tiro de gracia. No le veo la gracia a eso.

Hilda Braun, rígidamente, saludó después de haber, apoyado en la sien de los cuatro atados al poste, una pistola cargada sin bala. En el furgón abandonaron el patio de la prisión militar, los cuatro cuerpos al parecer sin vida. Como era obligación del oficial, Hilda Braun sentábase junto al chófer militar, camino del cementerio.

El piquete de ejecución seguía en dos coches. Ninguno de ellos sabía que sus cartucheras, de donde habían sacado las balas para cargar los fusiles, contenían cartuchos desprovistos de plomo.

El enterrador fue dejando los cuerpos en las angarillas, ayudado por otro lúgubre personaje.

Hilda Braun, muy varonilmente, ordenó:

—Podéis volver a la guarnición. Justicia ha sido hecha.

Desaparecieron por la alameda de sauces llorones, el furgón y los dos coches militares.

El enterrador y su ayudante, cayeron muertos con menos arte que se estremecieron Wolberg, Cora Robín, Barney Lacy y el cómplice.

Hilda Braun quitó el silenciador, introduciendo de nuevo la pistola en la funda.

—En pie —dijo con desdén—. Ahora tenemos que abandonar el suelo francés. Todo está preparado. Y yo os juro que, personalmente y sin fallo, Arnold Stevens y Vic Tramp sabrán que el único As de vosotros, es quien ellos no conocen. Tu feminidad está un poco deteriorada, Cora. Y tú, Rudolf, necesitarás caldos de gallina y reposo. En cuanto a ti, Barney… ya hablaremos privadamente. Y si mi humor os parece muy germánico y pesado, no por eso será menos axiomática la afirmación de que Alemania siempre vence, allá donde tú, parisina con todos tus encantos, y tú, inglés, con toda tu astucia, y tú, austríaco, con toda tu fortaleza y finura, habéis perdido vergonzosamente.

Adelaida de Namurs miró con simpatía a Vic Tramp, cuando éste, ocho días después, vino a visitarla:

—Me agrada, joven caballero; él sabe que has aceptado ser uno de los más valiosos elementos de la «Special Branch» de Scotland

Yard.

—El comandante Stevens lo aceptó. Y yo no iba a ser menos. Me ruega os diga que está investigando la extraña muerte de dos funcionarios de un camposanto. Y que os cuidéis mucho, señora. Me recalcó especialmente esta última recomendación.

—El almirante presenció el fusilamiento de los Cuatro Ases, desde la torre del patio dé la guarnición.

—Nada me dijo el comandante, pero yo no creo que a la «Special Branch» de Scotland Yard le interese la muerte de dos funcionarios de camposanto francés… si no hay alguna relación con Los Cuatro Ases.

—Es natural que, privadamente, el comandante Stevens quiera cerciorarse de que han cesado de alentar los cuatro fusilados. Es hombre ya experimentado, y prefiere ver a oír. ¿Vuelves a reunirte con él?

—No. Me dirijo a Burdeos, de dónde partiré con rumbo a la costa inglesa. Allí me reuniré con mi… mi comandante.

Cuando el joven se hubo ido, la marquesa miró al legítimo Gustavo, que solemnemente le escanciaba el humeante té:

—Dicen que el mejor té es el que se bebe en Londres. A ti no te gusta el té, Gustavo, y estás ofendido porque te substituyó alguien en mi viaje a París. Si intentara tomar el té en Londres, ¿me lo servirías?

—La señora marquesa es muy amable al otorgarme este privilegio. Con gran placer y honor, señora marquesa, le serviré el té de Londres.

En el pesquero que iba a intentar llegar a la costa inglesa Vic Tramp sonrió, acodado a la borda.

—Lo prefiero así, mi comandante. Ahora empiezo a creer que Los Cuatro Ases son dignos de nuestro interés. Y me interesa sobremanera conocer al Cuarto As…

Se detuvo sorprendido al oír a Stevens silbar… El comandante se interrumpió:

—Hijo… Mucha es la niebla que hay en Londres y más impenetrable es la niebla que nos rodeará cuando hallemos al primer hilo del laberinto que nos conducirá al Cuarto As. Pero contigo a mi lado, esta vez nos aseguraremos de que hemos ganado la partida. La niebla empieza a rodearnos, hijo. Ahora es favorable

para alcanzar la costa inglesa… Acá, trataremos de disipar la niebla. Esto es vivir, hijo.

—Tal como decía la señora marquesa: «¡Gustavo!». La vida es un continuo caminar hacia la muerte. Caminemos, pues, gallardamente.

Los dos pasajeros del velero, enlazados por los hombros, iban silbando acompasadamente, mientras la densa bruma marítima les, envolvía con fantasmal celaje.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.